

EL LUGAR DEL PADRE

Premio Concurso de Novela Clarín 2004

Ángela Pradelli

EL LUGAR DEL PADRE



ClarínX

ALFAGUARA


Pradelli, Ángela.
El lugar del padre. - 1a ed. - Buenos Aires: Arte Gráfico: Aguilar,
Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.
168p.; 22x13 cm.

ISBN 950-782-513-4

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© Ángela Pradelli, 2004

© De esta edición:

Clarín / Aguilar U.T.E., 2004

Tacuareí 1842, Buenos Aires

Diseño de cubierta: Claudio A. Carrizo

Imagen de cubierta: Antonio Seguí, *Hombre de espaldas*,
1976, de la serie "La distancia de la mirada"

Carbonilla y pastel tiza sobre tela, 150 x 150 cm.

MALBA - Colección Costantini, Buenos Aires, Argentina

ISBN: 950-782-513-4

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Primera edición: Diciembre de 2004

ÍNDICE

El paraíso	11
Tintura negra	13
Contraluz	17
Terrazas	21
El pozo	23
Lirios de fuego	27
Ventanal	31
Diamantes	35
El tronco del árbol	39
Polvo	41
Leña	45
Gorriones	47
Ciruelas rojas	49
Jazmines	51
Inventos	55
El Rojo	59
Dulces	63
Trébol	67
El Polaco	69
Tiempo	75
Polillas	77
Actores	81
Traje azul	87
Chevrolet	91

Diarios	93
Pajaritos	97
Bastón	99
Luz	101
Sobretudo	103
Viento	105
La loca	107
Ferrocarriles	109
Las palabras	113
Remedios	117
Choques	119
Cielo oscuro	125
Silencios	127
Final	131
Trenes	133
Hospital	137
Campana	139
Cuidados	143
Muelles	147
Parcela	151
Cortes	155
Cementerio	157
El mar	161

*Misha, no te alejes de la felicidad.
Acéptala mientras se te ofrece gratuitamente,
después correrás detrás de ella,
pero no podrás alcanzarla.*

ANTON CHÉJOV

El paraíso

Mi vecino Ramón está tratando de voltear el árbol del frente de su casa.

Me pego al vidrio de la ventana para mirar desde ahí.

Tengo un cariño especial por Ramón, se había hecho bastante amigo de mi padre, así que, cuando mi padre murió, hice un bolso grande con ropa que me parecía que podía servirle. Ahora, Ramón está haciendo un pozo alrededor del árbol. Tiene una camisa a cuadros y un pantalón gris de algodón que yo le había regalado a mi padre para su último cumpleaños. Siempre me pasa, por unos segundos siento una zozobra cuando veo a Ramón vestido con la ropa de mi padre. Ramón hunde la pala en la tierra y enseguida empiezan a aparecer, en el fondo del pozo, las raíces del paraíso. Con un hacha, golpea sobre los nudos enredados que forman las raíces y después empuja el tronco del paraíso con sus manos grandes. Descarga todo el peso del cuerpo sobre sus palmas para derribar el árbol que se bambolea, ya flojo, dentro del pozo. Antes, des-

cansa por unos instantes apoyado sobre el mango de la pala, se seca la cara y el cuello empapados en sudor y enseguida, con una sogá larga, rodea el árbol con dos o tres vueltas y engancha un extremo de la sogá al paragolpes de su Chevrolet celeste. Pero la sogá se desengancha en la primera acelerada y el hierro del gancho del paragolpes provoca, al caer sobre el asfalto, un sonido metálico que dura unos segundos. De nuevo, las gotas de transpiración en su frente. Ramón vuelve a intentarlo. Esta vez, el paraíso se sacude pesado hasta que, en una acelerada violenta del Chevrolet, el árbol cae y se oye el ruido del tronco que golpea en la mitad de la calle, atravesándola.

Tintura negra

Hace bastante tiempo que Ramón empezó a teñirse el pelo de negro. Es raro verlo aparecer con las canas renegridas cada tanto. Las cejas se tiñe también, y las patillas. Los primeros días, después de la tintura recién hecha, los gestos de la cara se le endurecen enmarcados en la oscuridad de su pelo y sus labios sonríen algo más rígidos y hacen resaltar los dientes anchos apretados en la boca.

A veces, mi padre se cruzaba por las tardes a conversar con Ramón. Yo los veía desde acá. La cabeza negra de Ramón con su color falso y las canas de mi padre invisibles en la claridad del día.

Una noche, mi padre me dijo que iba a teñirse el pelo como Ramón. Le pedí que no lo hiciera.

—No es caro —me dijo mientras poníamos la mesa.

—No importa —le dije—. No es eso, no es la plata.

—Ramón se lo hace en la peluquería del Centro de Jubilados. La peluquera atiende los martes y viernes por la mañana.

—No quiero que te tiñas el pelo —le dije.

—Y si vas sin turno, te atiende igual. Le cobran diez pesos —siguió mi padre.

—Es mejor que te dejes las canas.

—Siete pesos la tintura más tres del corte —dijo— no es mucho.

Le prohibí a mi padre que fuera con Ramón a teñirse el pelo al Centro de Jubilados y terminamos la discusión.

Ahora, Ramón ya no puede ir todos los meses a la peluquería. Tiene que ahorrarse unos pesos porque el médico le cambió la medicación y esta nueva es bastante más cara que la anterior. A la peluquería va cada tres o cuatro meses, pero cuando cobra se hace un retoque en su casa con una tintura que compra en la farmacia el mismo día que va a buscar los remedios. La primera vez me pidió que le leyera las instrucciones de uso que aparecían en el pote porque la letra era diminuta para su vista. Lo hice entrar y cuando terminé de explicarle, los dos sentados en la cocina, me ofrecí para pasarle la tintura yo misma.

—No. Sólo prepararla —me dijo—, yo me tiño en mi casa.

Viene siempre a principio de mes, yo no tardo más que unos minutos en prepararle la tintura y, antes de que se vaya, hacemos bromas sobre el tema. Él me dice que los dos podríamos hacerle la competencia a la peluquera del Centro de Jubilados tiñéndoles las canas a todos los viejos del barrio, y yo le contesto que no, qué viejos del barrio ni Centro de Jubilados, no. Que tendríamos que po-

nernos un salón de belleza para los viejos pitucos y con plata que viven en la Recoleta. Nos reímos mientras lo acompaño hasta la puerta. Él se ríe también aunque va atento a la preparación en el recipiente de plástico que lleva en las manos. La mezcla con el mismo pincel con el que después, en su casa, va a pasarse esa pasta cremosa por la cabeza.

Al día siguiente, cuando me lo cruzo por la calle, sin canas, Ramón camina más firme.

Y me pregunto si hice bien aquel día.

El pelo y las patillas recién oscurecidos lo hacen parecer más fuerte.

Me pregunto, también, si teñirse el pelo no hubiese sido un modo de demorar la muerte.

Las cejas, ennegrecidas, lo ayudan a fingir menos años en un cuerpo que parece moverse más seguro por unos días.

Contraluz

Mi padre había elegido este lote para edificar la casa porque decía que las casas que miran al norte siempre tienen buena luz. Ésta es, además, la primera casa de la cuadra empezando por el lado este, así que la claridad entra en los cuartos ni bien amanece. Como casi todas las ventanas dan también al norte, la luz entra a pleno hasta el mediodía.

Con frecuencia, y sobre todo en las primeras horas del día o en las últimas de la tarde, los rayos que entran oblicuos por las hendiduras de las persianas suelen iluminar una porción mínima en los cuartos. Un haz de luz, como si fuera un foco de cine, que proyecta un cono pequeño de partículas que se mueven suspendidas en el aire. Esa luminosidad más intensa que se filtra a veces recorta una porción delgada del cuarto iluminando un polvillo que sería imperceptible al ojo sin la luz intensa de esos rayos.

Me gusta mirar eso cuando sucede. Una varilla fulgurante, formada por millones de partículas que penden en el aire y atraviesan la habitación. Infini-

tamente pequeñas, se mueven, mínimas como son, hasta que caen, depositándose, invisibles casi, sobre personas, muebles o pisos, sillas. Son corpúsculos imperceptibles formados por pizcas de polen, lana, algodón, tierra, piel de personas o de animales, papel. Esas partículas diminutas caen como una brizna y se adhieren a los cuerpos. Es por eso que algunos recomiendan tanto las esponjas vegetales, dicen que son las únicas que limpian los residuos sobre la piel porque los hilos rústicos de esas esponjas los despegan y arrastran.

Siempre me detengo a contemplar, cuando la luz lo ilumina, ese polvillo con el que convivimos sin notarlo.

Pero nunca había visto antes mi sombra sobre la pared de la cocina que se proyecta mientras almuerzo. La advertí recién cuando mi padre murió. Al principio me molestaba tenerla ahí enfrente mientras comía. Probablemente nunca lo había notado antes porque mi padre se sentaba frente a mí, de espaldas a esa pared, cubriendo mi sombra. Los primeros días, incluso, me senté en el lugar de mi padre para evitarla, pero no pude acostumbrarme y enseguida volví a mi lugar en la mesa.

La delgadez de la sombra, estirándose muda, opaca la pared. Mientras almuerzo, la silueta frente a mí repite uno a uno mis movimientos. La ventana de la cocina no es demasiado grande, pero el reflejo de la luz que entra por allí también dibuja sobre la pared dos o tres figuras que nunca alcanzo a distinguir. Pero sí reconozco esa mancha grande. Una

igual a mí que no tiene ninguna consistencia. Aunque no estoy segura, pienso que puede ser su cara sin ojos ni boca lo que a veces me molesta mientras almuerzo.

Hay algo malo, sin embargo, en las construcciones que miran al norte, o en las que están primeras por el lado del este, y es que por la tarde, temprano, muy temprano, antes de las cuatro, el sol ya casi da la vuelta y las casas empiezan a apagarse muy pronto.

Terrazas

Me gusta mirar el movimiento de las calles desde la terraza de la casa. Ver a la gente empequeñecida desde la altura. Desde ahí arriba, los cuerpos pierden las líneas de los bordes y las caras dejan de tener gestos propios.

Hace dos días que Ramón volteó el paraíso del frente de su casa. Ahora, en su terraza, ya lavados, flamean la camisa a cuadros y el pantalón gris de algodón que yo le había regalado a mi padre para su último cumpleaños.

Me gusta, también, mirar, desde allí, las terrazas de las otras casas. Algunos tienen casi un jardín ahí arriba. Macetas con plantas que crecen fuertes al reparo de las paredes. Piletas de lona para que los chicos se metan en el verano. Sillones, reposeras, hamacas. Parrillas.

Ramón no. Ramón es muy desprolijo con su terraza. Tiene un par de bicicletas oxidadas. Algunas gomas del Chevrolet que ya no sirven para nada. Latas de pintura y restos de maderas pudriéndose a

la intemperie. Botellas de vidrio y una cortina de enrollar metálica.

Por la hora, el sol me da de lleno en la cara y puede sentirse el aire más fresco del atardecer.

La ropa, ya seca, flota en la terraza de enfrente.

El viento agita las mangas de la camisa a cuadros. Los brazos de mi padre, livianos, suben y bajan, van de aquí para allá. Huecos, se mueven sin control.

El viento, también, sacude, vacías, las piernas grises del pantalón.

El pozo

Desde la terraza, el pozo que hizo Ramón para voltear el paraíso se ve más hondo, pero desde acá donde estamos ahora Ramón y yo, parados en el borde del pozo, parece distinto.

Es un pozo grande, de algo más de un metro de ancho y casi un metro de profundidad. No sé por qué, Ramón tarda unos días en taparlo. Le pregunto por qué deja el pozo abierto.

Desde el borde, los dos miramos hacia adentro del pozo mientras hablamos. Lombrices que aparecen y se escabullen rápido otra vez, algún cascote.

—Tiempo al tiempo —me contesta Ramón.

—¿Va a plantar otro árbol? —le pregunto.

Ramón me contesta que no. Que sacó el paraíso porque las raíces habían crecido tanto que, hace tres o cuatro años, le habían empezado a levantar las baldosas de la vereda.

Mientras habla, Ramón gesticula con los brazos.

Y que este año había descubierto algunas baldosas de la cocina flojas, también a causa de las raíces.

ces, que habían crecido tanto que ya llegaban hasta debajo de la casa.

Hace un silencio breve mientras bordea el pozo con pasos lentos y con la mirada en el fondo de esa excavación.

Que en el otoño, dice cuando se detiene, cuando el paraíso pierde las hojas, se le tapan todas las rejillas y los desagües del jardín.

Que las baldosas de la vereda no sólo están flojas, sino que también están percutidas por ese líquido que largan las bolitas del paraíso cuando uno las pisa.

Ninguna de estas razones me parece suficiente para sacar un árbol, y aunque no le contesto, ante mi silencio, Ramón se justifica.

Me dice que tal vez a mí no me parezca importante pero lo es.

Que el hecho de que un árbol crezca demasiado nunca es bueno.

Que un árbol no puede ser más importante que una casa, y enseguida gira la cabeza hacia mi jardín.

—Las cosas hay que cuidarlas —me dice.

Y aunque yo prefiero no mirarlo, sé que está observando mi cerco de lambertianas. Hace años que no pudo esos cipreses y las ramas crecieron desprolijas.

Que es muy fácil, dice Ramón, y es probable que siga con la vista clavada en los cipreses mientras me lo dice, muy fácil, repite, poner árboles así como así y después olvidarse.

Que a la gente no le importa nada, pero que no es así la vida, dice Ramón, y que siempre hay que cuidar las raíces de una planta, sobre todo si esa planta es un árbol.

Debe de ser verdad lo que dice sobre las baldosas de la cocina porque, aunque el paraíso ya no esté, las raíces que se ven en el fondo del pozo parecen larguísimas.

—Dentro de unos años tendría que tirar la casa abajo —exagera Ramón.

Pero ahora ya no se preocupa, dice también, porque las raíces, separadas del tronco, no siguen creciendo y enseguida empiezan a secarse.

Como dije, es un pozo grande.

Me gusta el olor húmedo que se desprende de la tierra removida. Es una tierra negra y Ramón me explica que ése es el color de la tierra cuando es fértil.

Los dos seguimos parados en el borde del pozo, pero él camina lento alrededor y cada tanto se agacha para hurgar la tierra. Busca raíces cortadas y cuando las encuentra, tira del extremo hasta arrancarlas de la tierra.

—No es fácil tapar un pozo —me dice Ramón, y enseguida me explica.

—Si yo tapo este pozo ahora mismo, y lo hago solamente con la tierra que tengo acá, dentro de una semana, la tierra empieza a acomodarse y enseguida baja el nivel. No hay caso, aunque se tape y se rellene, después de unas semanas —las manos de Ramón suben y bajan mientras me explica— la

tierra tira para abajo, y otra vez, se marca el desnivel allí, donde estuvo el pozo.

Y me cuenta que tiene que conseguir piedras para rellenar, arena, ladrillos partidos, más tierra, madera de desperdicio, cualquier cosa, que todo le sirve.

Lirios de fuego

La voz en el teléfono suena joven. Dice que es el empleado de la germinadora Del Bajo y pide hablar con mi padre. Además de joven, el empleado es amable, pero habla tan apurado que no me da tiempo de aclararle y, apenas empiezo a contestarle, me interrumpe y dice que no importa si mi padre no está en casa, que cuando llegue le dé, por favor —el empleado es tan cordial que todo lo pide por favor—, que le dé este mensaje a mi padre.

—Que ya llegaron los bulbos que había encargado.

Ni siquiera puedo decirle que anule el pedido y ponga esos bulbos a la venta.

Antes de cortar, cuando el empleado me pide que le dé sus saludos a mi padre, balbuceo algo que ni siquiera yo entiendo.

A las dos semanas, el empleado vuelve a llamar. Ya no parece tan amable. Que mi padre tiene que pasar por la germinadora, dice, a retirar los bulbos que había encargado, y, además, dice, y lo que dice suena como una amenaza, está pasando el período

de siembra. Si sigue demorándose, ya no va a poder plantarlos este año, que se acaba el tiempo dice que le diga.

Esa misma tarde voy a la germinadora a retirar el pedido.

—Las indicaciones están adentro —dice el empleado, dejando un paquete envuelto en papel madera sobre el mostrador.

Vuelve a ser tan amable como la primera vez pero, en verdad, no es tan joven como lo había imaginado por teléfono. Cuando quiero pagarle se niega.

—Su padre pagó por adelantado —me aclara.

Mientras él habla, yo leo en el frente del paquete. *Lirios de fuego/Bulbos*.

Recién cuando llego a casa veo que en el extremo inferior del paquete, atravesando el ángulo, dice *Pagado*.

Dentro del paquete, hay cuatro bulbos alargados y marrones con raíces delgadas y húmedas. Iba a plantar los bulbos cerca de la pared de la ampelopsis. Pensé que quedarían bien los lirios resaltando sobre el colchón de hojas verdes de la ampelopsis. Pero leo las indicaciones porque no sé nada de lirios de fuego. Son rigurosas: piden sol fuerte por la mañana y media sombra por la tarde. Y, en esa parte del jardín, cerca de la pared de la ampelopsis, el sol sólo da de lleno las últimas horas de la tarde. Por las dudas, prefiero cumplir con las indicaciones al pie de la letra. Hago un pozo al lado del portón de entrada porque, en ese paño del jardín, da el sol pero solamente por la mañana. El pozo es de

diez centímetros de profundidad y planto cada bulbo a treinta centímetros de distancia entre uno y otro. Cada noche, los riego para mantenerlos húmedos. Y cada tanto controlo que no crezca ningún yuyo porque recomiendan mantener la superficie libre de malezas.

En menos de un mes aparecen los primeros brotes y los pimpollos de los lirios no tardan en abrirse. Cada flor es una boca carnosa de labios rojos y largos que en su interior guardan una pelusita blanca. Los labios se abren por la mañana, empiezan a cerrarse antes de que baje el sol y, por las noches, terminan apretados como si fueran uno.

Lo leo en el final de la hoja de indicaciones.

Floración.

Está recuadrado y las líneas del recuadro son un poco más gruesas y oscuras que la letra que encierran.

Sobre el final del invierno, el lirio de fuego morirá en su flor. Sin embargo, de mantener la humedad necesaria, el bulbo repetirá la floración al principiar el otoño.

Dentro del recuadro, hay un dibujo de la flor. Dos labios gruesos y rojos, abiertos en la plenitud del mediodía.

Ventanal

El jardinero me lo consigue Ramón. Es un hombre de su confianza que vive en un barrio cercano al nuestro y que él conoce de toda la vida.

—Ya está viejo —me dice cuando me da su teléfono para que lo llame—, pero no te va a cobrar caro y, por lo menos, va a emprolijarte un poco las plantas que ya crecieron mucho.

De algún modo, Ramón siempre se las arregla para criticarme.

El jardinero es un hombre viejo y flaco y, aunque un poco agobiado, todavía alto. Tiene una voz tan apagada que apenas si se le entiende cuando habla. Parece preocupado en controlar sus herramientas. Tijera de mano, rastrillo, zapín, pala de punta y una palita de mango corto que usa para remover el pie del rosal y de la rosa china.

Pensé que me haría algunas preguntas antes de empezar con el trabajo.

¿Quiere que le limpie las hojas secas de la ampelopsis?

¿Podo también la rosa china?

¿A qué altura quiere que le deje el laurel?

Pero el jardinero se pone a trabajar enseguida, me esquivo la mirada cuando le hablo y ni siquiera parece oír mis recomendaciones.

La rosa china déjela como está porque no es su época de poda y puede secarse si la corta.

Los cipreses sí, los despunta y les corta esas ramas que crecieron hacia los costados, pero no quiero que los deje muy parejos, eh. No todos a la misma altura, como esos cercos tan regulares que parecen cortados con una regla.

Al laurel, una buena podada porque crece y crece. Ya sé que tampoco es su época de poda, pero no hay problemas con esa planta porque en apenas quince días empiezan otra vez los brotes y en poco más de un mes, ya está enorme como siempre.

Las venas gruesas del jardinero atraviesan sus manos delgadas hasta los nudillos.

—Y esta ni la toque —le digo señalando a la ampelopsis.

Iba a hablarle de los cinco colores de las hojas de la ampelopsis, pero no.

Las primeras hojas son de un verde muy claro y brillante, después de un tiempo, el verde se oscurece pero mantiene algo de su brillo. En otoño, las hojas cambian al amarillo por unos días, hasta que se vuelven rojas y se opacan, y, después, ya secas, marrones. Las hojas secas, sin embargo, tardan bastante en desprenderse y caer, y, cuando lo hacen, dejan al descubierto las guías de la planta que siguen, como siempre, adheridas con fuerza a la pared. Y has-

ta que empiece otra vez la primavera, la ampelopsis será eso: unas cuantas guías oscuras que se aferran y dibujan un mapa con caminos que se entrelazan o se bifurcan sobre una pared desnuda en el invierno.

—No la toque para nada —le repito para que no haya dudas.

Ni cuando le doy todas estas explicaciones me mira el jardinero, ni me escucha, así que no estoy más que unos pocos minutos ahí afuera y después entro en la casa y me siento detrás del ventanal, en el mismo sillón en el que solía sentarse mi padre, que pasaba horas y horas acá, mirando el jardín.

Me pregunto qué veía mirando desde este sillón.

Yo veo a este jardinero, un hombre flaco y viejo al que le cuestan los movimientos. Cada tanto pasa su mano izquierda sobre la cintura, y es como si quisiera calmar un dolor pero no pudiera hacerlo.

Eso veo.

Un hombre huesudo que no habla casi, podando la punta de los cipreses para emparejarlos y, después, cortando las ramas secas del rosal con la tijera de mano. Son esas ramas que tienen un pompón despojado donde antes hubo rosas con perfume y terciopelo de pétalos. Se agacha para juntar todas las ramas que cayeron al podarlas y las embolsa en varias bolsas altas de plástico negro. Mañana hará lo mismo en otra casa, y pasado, y pasado. Cuando termina, el jardinero junta sus herramientas y ya no vuelvo a verlo detrás del vidrio.

Veo el jardín otra vez vacío desde acá, ahora un poco más prolijo por la poda.

Diamantes

Unos meses antes de morir mi padre, decidí vender la pulsera de diamantes. De algún modo tenía que afrontar los gastos de las intervenciones que se sucedían una detrás de la otra. Ese día le pedí a Ramón que fuera al hospital a cuidar a mi padre mientras yo trataba de buscar el mejor precio para la pulsera en alguna joyería. No iba a consultarlo con mi padre, ni siquiera se lo comentaría, así que le pedí a Ramón que fuera discreto y que tuviera cuidado de no mencionar la pulsera en la conversación mientras estuviera con él.

Mi padre me la había regalado para un cumpleaños. La había comprado a un empleado de la casa Escasany que vivía a unas pocas cuadras de casa y a quien mi padre consultó en ese momento para comprar el regalo. El empleado se ofreció a venderle una pulsera. Dijo que como empleado de la joyería, le hacían un buen descuento, casi un cincuenta por ciento, y que le permitían, además, pagar en cuotas. La única restricción era que no le entregaban la joya hasta que no terminara de pagar todas las cuotas.

—¿Cómo voy a tener una pulsera de diamantes?
—le pregunté a mi padre cuando abrí el paquete y vi semejante regalo.

Mi padre había pagado la pulsera en once cuotas que llevaba puntualmente a la casa del empleado de la joyería entre el uno y el cinco de cada mes.

La pulsera vino en un estuche de pana azul con bordes dorados y el estuche estaba envuelto en una bolsita de una tela suave y mullida que se ajustaba en un extremo con un hilo también dorado como los bordes de la caja pero aún más delgado. Una pieza de un diseño simple pero hermoso. Con una hilera apretada de diamantes en el frente y dos pequeñas esmeraldas en el centro. Muchas veces le recriminé a mi padre haber gastado tanto en una pulsera que nunca usaría. Jamás tendría una fiesta tan importante para llevar una pulsera de diamantes.

—Es mi herencia —me decía mi padre.

Y, en todos estos años, sólo sacamos tres o cuatro veces la pulsera del escondite que habíamos ideado. Un boquete de quince centímetros en la pared, detrás del mueble del comedor, que mi padre había hecho al día siguiente de mi cumpleaños.

—No vale nada —me dijo el primer joyero al que le pregunté.

—Son diamantes —dije en las otras dos joyerías en las que entré.

—Falsos —me dijeron los dos.

—No pierda el tiempo —me dijo el último joyero. La pulsera se balanceaba apenas sobre su índice—. No tienen ningún valor.

Ya era más del mediodía y aunque tenía pensado ir directamente a reemplazar a Ramón, pasé primero por casa, me di un baño y guardé la pulsera en el nicho detrás de mueble antes de salir para el hospital.

El tronco del árbol

No fue mala la idea de Ramón. Una vez que volteó el paraíso, cortó las ramas gruesas y dejó únicamente el tronco. Lo atravesó en el pedazo de tierra que hay entre la vereda y el cordón de la calle y este verano, por las tardes, una vez que baja el sol, suele sentarse allí.

Sé que le hubiese gustado sentarse sobre el paraíso con mi padre y conversar. A veces lo veo inquieto. Mira para un lado y para otro, esconde las palmas de las manos bajo las piernas y esa leve presión, me imagino, debe de incrustar la corteza del árbol en la piel. Cuando las libera, probablemente sus manos queden dibujadas con el diseño del tronco.

Sé que a Ramón le gustaría que mi padre estuviera con él. Hablarían de la tintura del pelo que se hace Ramón en el Centro de Jubilados y mi padre le contaría la discusión que tuvimos una noche cuando le prohibí cubrirse las canas. Hablarían de la tetona y su nuevo novio. De lo estúpido que es el empleado del banco.

Ramón se para y da unas vueltas por la vereda, después entra en la casa.

Polvo

—No era cierto lo que te dije de las raíces y las baldosas —dice Ramón.

Está sentado sobre el tronco ahora, pero hasta hace unos segundos estuvo otra vez rellenando el pozo con una mezcla de tierra, arena y ladrillos partidos porque la tierra sigue trabajando. Ramón tiene unas gotas de sudor que le bajan desde la frente.

Nos miramos por un instante.

Le digo que la vereda está rota y que sí es cierto que hay muchas baldosas flojas.

Él se encoge de hombros.

—Sí, pero no es verdad que saqué el paraíso por eso.

Y se pasa el brazo por la frente para secar la transpiración.

—¿Y por qué fue entonces? —le pregunto.

—Por el tronco —me dice.

Y me explica que hace unos meses, cuando apoyó su mano sobre la corteza, le pareció sentir un vacío del otro lado de su palma abierta. Que enseguida dio unos golpes suaves con el puño, y que

la corteza se hundía levemente con cada golpe. Que observó bien al paraíso y encontró que la corteza tenía fisuras y grietas que él no había visto hasta ese momento. Entonces levantó una capa de la corteza y pudo introducir la mano sin dificultad porque había un vacío dentro del tronco. Que enseguida despegó otra capa de la corteza. Más vacío. Y que hasta pudo hacer bailar el brazo dentro del árbol.

Ramón fue a consultar al vivero y el especialista le dijo que no era probable que el árbol hubiese sido atacado por algún insecto. De hecho no había ningún insecto ni dentro ni fuera del árbol. De todas maneras, le ofreció un líquido para inyectarle al tronco durante una semana.

—¿Y si no es un insecto, qué puede ser? —preguntó Ramón.

—Que el árbol se esté muriendo.

—Pero no es un árbol tan viejo.

El del vivero le dijo que eso pasaba a veces, que era más común de lo que se podía imaginar. Que los árboles se mueran es una cosa normal, pero como lo hacen lentamente, uno no se da cuenta enseguida. Que cuando uno lo nota, en general, ya hace bastante tiempo que la planta empezó a morirse.

Al día siguiente, Ramón compró las inyecciones que le puso al árbol todas las noches durante una semana, pero no le hicieron ningún efecto.

El día que Ramón decidió voltear el paraíso, había levantado otra capa de corteza, pero esta vez más cerca de la base.

Agachado, apoyando una rodilla sobre la tierra para no caerse, Ramón introdujo una mano dentro del tronco. El vacío había llegado ya a la base del árbol, pero cuando sacó la mano, sus dedos tenían una delgada capa del polvo que se desprendía del interior hueco del paraíso, finísimas astillas secas de la madera pulverizada.

Leña

Le presto el hacha a Ramón porque quiere hacer leña con las ramas del paraíso. No le sirve el hacha con la que taló el árbol porque es muy grande. Así que le presto el hacha pequeña que era de mi padre.

—Las ramas están verdes todavía —me dice Ramón cuando le alcanzo el hacha—, pero tengo que prepararla y después esperar a que se seque.

Pasa toda la mañana emparejando los troncos más pequeños, les quita las ramas y los brotes y después corta a todos del mismo largo. Hace atados del mismo tamaño, que sujeta con un hilo grueso y, cuando están listos, los acomoda en la vereda, los va apilando.

—Cuando estén secos —dice Ramón ya casi terminando— van a prender rápido porque no es una leña gruesa. Van a servir para encender, para hacer ese fuego nervioso que se hace al principio.

En su casa, Ramón no tiene ni estufa de leños, de parrilla, ni salamandra.

—No importa —me contesta—. Quiero guardar esa leña de reserva.

—¿Y para qué la va a guardar si no la va a usar?

—No importa —dice Ramón.

Cuenta los atados y vuelve a acomodarlos en la vereda, cada vez más prolijos. Parece no darle ninguna importancia a lo que le pregunto, pero igual me responde.

—La quiero almacenar por las dudas.

—¿Por las dudas de qué?

—Nunca se sabe —me contesta, y se pasa la mano abierta por la nuca.

Gorriones

Qué voy a hacer con tantas bolsas de alpiste. No creo que Ramón quiera gorriones en su casa. Es un hombre bueno pero no tiene paciencia para los animales. Tengo que pensar qué hacer con tantas bolsas de alimento, dónde voy a ponerlas. Esas semillas van a humedecerse en el galpón y tal vez atraigan a las cucarachas o a las lauchas.

Y esa manía de mi padre de alimentar pájaros.

Era una tarde de sol. Mi padre que tira alpiste en el pasto y, mientras espera, me pide que no haga ruidos, que ni siquiera le hable. Estamos quietos los dos por unos minutos pero cuando nos olvidamos del asunto, veinte o treinta gorriones comiendo, y nosotros, en silencio, mirando esa aparición. Hay un ruido tenue y revolotea un murmullo de alas que nos paraliza otra vez, como cuando los esperábamos pero más. Los pájaros nos sobrevuelan cerca por un instante y hay tantos y vuelan tan bajo alrededor que nosotros no sabemos dónde fijar la mirada.

Es raro ese momento.

Los dos entramos en la casa ni bien el sol empieza a esconderse. Yo enseguida preparo una jarra de té negro. Mi padre no habla, sigue pensando, creo, en los gorriones que alimenta.

Me agradece Ramón cuando lo llamo para ofrecerle las bolsas de alpiste. Pero no, me dice, que gracias pero no. Para qué quiere él alimentar pájaros si van a irse, me dice sin mirarme, y me pregunta si yo no me atrevo —me habla, ahora lo advierto, mirando el césped en donde se alimentaban los gorriones—, si no me animo, me pregunta, a seguir alimentando los pájaros de mi padre.

Ciruelas rojas

—No estaban tan buenas este año —me dice Ramón cuando me devuelve el recipiente vacío.

En estos días le di una fuente llena de esas ciruelas rojas de la planta del fondo. Es una planta vieja que a mi padre le había costado mucho conseguir. No es una ciruela común, es una ciruela chilena, muy dulce, con la que se puede hacer de todo. Dulces, salsas, postres, jugos, licuados, relleno para tartas.

Ya sé por qué no le gustaron a Ramón, es que este año no tuve ganas de treparme al árbol para sacar las ciruelas. Además, son muchas las que se cayeron de la planta y junté las que habían caído porque las moscas enseguida empiezan a volar zumbonas sobre el almíbar de esas frutas que empiezan a pudrirse entre los yuyos.

Por eso se queja Ramón, porque las ciruelas estaban golpeadas, y algunas tenían la cáscara abierta por el golpe al caer de la planta. Pero no creo que hayan estado tan mal.

—No —me dice Ramón—, pero no como antes.

Cuando empezaba el verano —esta ciruela es de una especie que madura en octubre y da fruto durante dos meses, tres como mucho—, mi padre y yo nos sentábamos por las noches debajo del árbol y comíamos ciruelas. A veces, mientras comíamos, él contaba historias que ya no recuerdo. Y otras veces nos quedábamos callados comiendo esas ciruelas jugosas y dulces.

Las ramas gruesas del árbol, cargadas de hojas y frutos, pesaban sobre nosotros. Por entre las ramas, alcanzábamos a ver pedazos de cielo y la luna blanca recortada.

Un hilo liviano del jugo dulce de las ciruelas se deslizaba desde la boca cuando mordíamos las más grandes.

El canto de los grillos traspasaba el silencio de esas noches calurosas.

Jazmines

Al salir, lo veo a Ramón caminar por el jardín de su casa.

—Voy a llevarle unas flores a mi padre —le digo.

El jardín de Ramón no es muy grande pero está siempre repleto de plantas. Le gustan, especialmente, las plantas de flores blancas o amarillas que tienen perfume.

Se detiene al lado del jazmín del cabo y lo observa con atención. Parece no haberme escuchado. Lleva puestas unas bermudas viejas y una camiseta de mangas cortas y tiene los brazos cruzados por atrás de la espalda, los hombros caídos.

—¿Quiere venir? —le pregunto mientras él sigue inspeccionando los pimpollos del jazmín. Parece contar los que, esta mañana, amanecieron abiertos.

—No —me contesta—. Ahora no puedo.

Gira el rostro hacia la planta, huele una de las flores y se queda así, con la nariz rozando la tersura de los pétalos blancos del jazmín, las manos entrelazadas detrás de la cintura.

—Vuelvo rápido —le digo para convencerlo—, a más tardar, en media hora estamos de vuelta.

—No, no —dice sin mirarme, casi sin despegar la cara de la flor—. Ahora no puedo.

Cuando llego, una hora más tarde, o más, Ramón sigue afuera. Ahora está en la vereda, sentado en el tronco del paraíso que volteó hace unos días y, apenas me ve, se para y me hace una seña con la mano para que vaya. Dice que va a cortar unos jazmines para darme.

—¿Te gustan los jazmines? —me pregunta.

Los dedos anchos de Ramón cortan tallos de no más de diez centímetros de largo. Tiene la piel de las manos secas de tanto andar en la tierra y las yemas de los dedos resquebrajadas.

—Es un problema esta planta —me cuenta mientras camina alrededor del jazmín.

Pone todo su cuidado en elegir las flores que están más abiertas y, cuando las selecciona, quiebra los tallos con un movimiento rápido y seguro.

—A fines de noviembre, se carga de pimpollos —sigue Ramón—, pero lo malo es que abren todos juntos, de un día para el otro.

Es verdad lo que dice. Las flores están casi todas abiertas pero es una planta que suele cargarse varias veces cada verano, así que, lo más probable, me explica Ramón, es que, en unos pocos días, vuelva a llenarse de pimpollos nuevos.

—Tienen tanto perfume —dice— que da lástima que las flores se pudran en la planta.

Es un ramo grande el que me regala, más de

veinte jazmines que, ni bien pongo en una jarra con agua fresca, empiezan a emanar un dulzor desde el centro de la mesa de la cocina. Exhalan un dulzor blando que impregna enseguida el aire tibio de allí adentro y esparcen un perfume suave por la casa.

Inventos

—Íbamos por la ruta, a la altura de Empalme Lobos —le cuento a Ramón—. Vimos que, a unos pocos metros, un banco de niebla atravesaba el asfalto.

—Son peligrosos esos bancos —dijo Ramón.

—No —le digo—, a nosotros nos gustaba. Sólo el primero nos dio miedo, los otros no. Los cruzamos con el coche como si los cortáramos.

Y sigo contándole. Que eran muchos, uno detrás de otro. La radio del auto alertaba a los conductores sobre el estado de la ruta, *bancos de niebla que impiden la visión*, decía la radio. Recomendaban detenerse hasta que la niebla se levantara. Pero nosotros seguimos. Salíamos de uno, andábamos unos metros y nos metíamos en otro. Nos gustaba esa claridad blanda que nos impedía ver. Flotábamos en la ruta en medio de la bruma recortada. Atravesábamos sin hablar el vaho blanco que nos envolvía el auto. La interferencia se tragaba la voz del locutor alertando sobre el riesgo de la niebla. La niebla nos devoraba y desaparecíamos del mundo por un instante, flotando en el aire algodonoso. Co-

mo si nadáramos en una espuma blanca sobre la ruta, una ola lechosa que nos empalidecía al rodearnos. Pero sabíamos que, detrás de esa blancura que duraba apenas, la vida nos esperaba otra vez como siempre. Así hicimos kilómetros y kilómetros, como cien creo, o más, cortando las franjas blancas con nuestro auto.

Ramón en cambio nunca quiere contar nada, ni sobre su niñez, ni sobre su familia, ni sobre ninguna de esas cosas, así que me sorprende cuando, después de escucharme, se larga a hablar. Primero hace un silencio corto y enseguida una mueca que le tuerce la boca ligeramente para el costado izquierdo.

—Íbamos en un bote —me dice y, otra vez, una pausa que no me atrevo a interrumpir por miedo a cortar el hilo de la historia—. Éramos seis o siete, todos hombres grandes, compañeros de pesca de mi padre, él y yo, que no tenía más que ocho o nueve años. Habíamos tenido una buena pesca porque el mar estaba revuelto, y veníamos con el bote cargado.

Hace otra pausa y clava la vista en algún punto que no alcanzo a reconocer. Por alguna razón, creo que él quiere que le pregunte algo para continuar con la historia.

—¿Y entonces? —le pregunto, pero él no parece oírme y después de un instante se pasa la mano por la cabeza y enseguida sigue.

—Había viento de tormenta, un viento que nos hacía bailar ahí adentro. Cuando se largó la lluvia

ya no pudimos ver nada. El viento era cada vez más frío y más fuerte y nos dio vuelta el bote.

—¿Los rescataron?

—Todos empezaron a nadar hacia la orilla. Yo me aferré al cuello de mi padre —dice, pero se interrumpe—. No, no nadamos —se corrige Ramón—, nos agarramos al bote hasta que amainó el viento.

No le creo a Ramón cuando me cuenta, me parece que está mintiendo.

Otra vez, un silencio mientras parece buscar algo en su memoria.

—Creo que estuvimos ahí agarrados hasta que alguien nos rescató, no me acuerdo si era un bote de Prefectura, creo que sí.

—¿Cuántas horas? —le pregunto.

—Cuántas horas —repite él—, no sé bien, todo el día casi.

—Está inventando —le digo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —me pregunta—. ¿Qué diferencia hay entre mi tormenta en el mar y tu niebla en la ruta?

Y aunque me apura con la mirada, no le contesto.

Recién después de unos minutos de silencio lo dice.

—Ningún recuerdo existe —dice Ramón—. Son todos inventos.

El Rojo

—¿Qué traman? —les pregunté esa tarde.

Era una pregunta que les hacía siempre que los encontraba hablando en la vereda.

Me contaron que querían ir a comer a El Rojo, un restaurante que en la década del sesenta abrió un jugador de Independiente sobre la avenida Monteverde.

Les dije que iba a invitarlos y, a las pocas semanas, fuimos los tres un mediodía lluvioso de domingo.

El Rojo no tiene más de seis o siete mesas y estaban todas vacías, fuimos los primeros en llegar. El jugador de Independiente murió hace años y ahora, Matilde, su viuda, trabaja sola en el local. Hace todo. Cocina, sirve, cobra, limpia.

Antiguas láminas enmarcadas con prolijidad colgaban en las paredes mostrando equipos viejos de fútbol y, apenas entramos, mi padre y Ramón recorrieron el local deteniéndose frente a cada cuadro. Cuando los llamé para que se sentaran conmigo a la mesa, ni siquiera me contestaron.

Ramón encontró, sobre el mostrador, un ejemplar de *El Gráfico* del año 67. Desde la tapa, los dos jugadores más importantes del momento, sentados frente a la cámara, sonreían arreglándose las medias. A pesar de los treinta y cinco años de la revista, sus hojas no estaban ni siquiera ajadas.

Llegó un matrimonio joven. Él traía en brazos a su pequeño hijo y, antes de sentarse, dudó sobre qué mesa elegir.

Recién cuando mi padre y Ramón se sentaron, Matilde se acercó a la mesa. Nos recitó el menú, que apenas tenía dos entradas y cuatro platos.

Mi padre intentó hablar con ella sobre los relatores deportivos de aquel momento mientras hojeaba el ejemplar de *El Gráfico*. En los últimos años, a mi padre le gustaba escuchar, los domingos a la mañana, los relatos de los partidos de fútbol que transmitía la RAI en la televisión por cable.

—¿Blanco o tinto? —preguntó Matilde, y miró hacia la puerta que se abría apenas chirriando. Los que entraron, tres hombres y dos mujeres, se sentaron a una mesa pegada a la ventana.

Mi padre dijo que le gustaban los relatores italianos porque no gritaban y relataban las jugadas con precisión.

En el local crecía el murmullo de las voces de las únicas dos mesas ocupadas.

Ramón le preguntó a Matilde sobre los jugadores de fútbol de las láminas, pero ella dijo no acordarse de ninguno.

A Ramón le gustaron las publicidades viejas de

la revista. Un mono ocupaba un cuarto de página. Tenía puestos un par de suspensores Cliper para todo uso. El mono estaba erguido y sonreía mostrando unos dientes anchos y blanquísimos. En la página cuarenta y nueve, una muchacha preciosa avanzaba de perfil con su pasito corto pero firme. Usaba un gorro de piel y una cartera de cuero que parecía no tener peso ninguno. Mientras saludaba con su manita sutil, anunciaba que se iba a comprar un Ranser.

Ramón volvió a preguntar. Quería saber sobre los jugadores de aquel momento y la pregunta quedó, otra vez, sin responder. No sabía Matilde, no se acordaba, dijo.

Cigarrillos Nueva Florida, superlargos con filtro; Embajadores con filtro, suaves y con carácter; y Medias Sportlandia industria argentina.

Por momentos, el murmullo de los clientes se hacía más débil.

Mi padre sirvió vino para los tres y, cuando brindamos, el chocar de las copas sonó fuerte en el silencio del local casi vacío.

—Nunca usé suspensores Cliper —dijo Ramón, antes de que Matilde trajera la entrada.

Seguía lloviendo y, desde allí, parecía que todo se había puesto más oscuro afuera.

—Yo tampoco —dijo mi padre—, pero me acuerdo bien de los Embajadores.

—Ah, sí —dijo Ramón—, suaves y con carácter.

Matilde iba y venía por el local, pero ni mi padre ni Ramón volvieron a preguntarle sobre los re-

latores o los equipos de fútbol. Ella, antes de servirnos los platos, se había llevado la revista y ya no volvimos a verla.

Dulces

Todos los años hago los dulces con las ciruelas maduras. Elijo las más blandas, las que están pasadas casi. Anoche dejé las ciruelas macerándose con el azúcar casi doce horas, y la mezcla de azúcar y ciruelas perfuma este rincón de la cocina donde dejé reposar estos jugos en varias fuentes de vidrio desde ayer por la tarde. Y hoy, apenas me levanto, me dedico a la preparación de la mermelada. Algo menos de un kilo de azúcar por cada kilo de fruta. Calculo que, en total, la fruta que dejé anoche ablandándose no debe de superar los cinco kilos de ciruelas, un poco más tal vez. Pongo la cacerola de aluminio sobre el fuego mínimo. Lleva horas y horas preparar el dulce con tantos kilos de fruta, pero lo bueno es que rinde hasta el final del invierno.

Cuando empieza a hervir, revuelvo cada tanto con una cuchara de madera para ir disolviendo todo el azúcar. Enseguida, la cocina se impregna de la acidez que se desprende de las ciruelas desde los borbotones del hervor y el vaho de la cocción en la

olla. Recién en ese momento, cuando rompe el hervor, me acuerdo de los clavos de olor que debí haber incorporado desde que puse el recipiente al fuego. Destapo el frasco que los contiene y huelo allí adentro. Es un olor que pica suave y deja en los bordes de la lengua resabios amargos y ásperos.

Todos los años, después de preparar el dulce de ciruelas, distribuyo los clavos de olor que me sobran en los cajones de la ropa interior y en el armario de las toallas de mano. Dejo también algunos en el frasco. Tres o cuatro que no uso, pero durante el año, cada tanto, abro la tapa y hundo mi nariz en la boca del frasco de vidrio porque me gusta el olor, concentrado allí abajo, subiendo amargo pero suave hasta mi cara.

A medida que hierve, la preparación va espesándose y, un poco después de las once del mediodía, llega a su punto. Es muy fácil de reconocer el punto de los dulces. Dejo caer, desde la cuchara de madera, una gota gruesa de la preparación sobre un plato de loza. Si la gota se cristaliza sobre el plato, si se endurece al instante, retiro la preparación del fuego y, antes de que se enfríe, envaso el dulce en frascos que enseguida ubico en el estante más oscuro y fresco de la cocina.

Lo que sí me cuesta es esterilizar los frascos. No sé hacerlo muy bien porque es un trabajo que siempre hacía mi padre. Pero tengo que hacerlo, si no lo hago, los dulces van a llenarse de moho y de hongos en unos pocos días.

Cuento los frascos llenos, ya ordenados en el

estante más oscuro y seco de la cocina. Según un cálculo rápido, este año, el dulce tendría que durar hasta bien entrado el verano.

Trébol

Ramón tiene un bosquecito de tréboles en el fondo de su casa. Crecen fuertes y tupidos bajo el reparo de la medianera, tan alta que oscurece buena parte del terreno.

—Me traen suerte —me dice.

—¿Cómo suerte?

—Suerte —dice, pasándose la mano abierta por la nuca.

Los tréboles, en una franja no demasiado ancha, se extienden a lo largo de toda la medianera hasta el fondo del lote.

—Por eso hay que tener tréboles en la casa —dice Ramón—, por la suerte.

La oscuridad de la medianera le da al lugar una frescura húmeda.

—Además —agrega—, cada tanto crece un trébol de cuatro hojas.

—Ah —digo.

—Son muy difíciles de conseguir —me explica Ramón—. Hay pocos y crecen confundidos con los otros tréboles, los comunes.

Ya es casi mediodía pero, a pesar de la hora, la penumbra resguarda acá un relente suave sobre las plantas ensombrecidas.

—A veces, uno tiene la suerte ahí —dice Ramón—, al alcance de la mano —dice adelantando los brazos hacia los tréboles—, y, sin embargo, no puede verla porque se confunde.

—¿Y qué hay que hacer para tener tréboles?

—No, no —dice Ramón—, los tréboles no se plantan.

Y es cuidadoso Ramón cuando me contesta, se le nota que demora una respuesta.

—Crecen solos —dice por fin.

El Polaco

La botella de vodka que mi padre bebía con el Polaco quedó por la mitad.

Ramón no quiere saber nada con el Polaco, dice que es un borracho y ni siquiera quiere atenderlo cuando viene a buscarlo.

El Polaco es un hombre de unos setenta años, que arrastra los talones al caminar. Los párpados caídos le cubren unos ojos celestes y las arrugas le marcan una frente aún más ensanchada por las entradas del pelo blanco. Vive solo, a unas diez cuerdas de casa y suele venir a media mañana cada veinte días más o menos. Después desaparece y no sabemos nada de él hasta que vuelve. Al Polaco le gusta conversar, contar historias.

Conversaba mucho con mi padre y sigue viniendo después de su muerte, aunque Ramón nunca lo atiende. El Polaco toca varias veces el timbre de la casa de Ramón y, mientras espera, recorre la vereda despacio, arrastrando los talones, como si Ramón fuera a aparecer desde alguna esquina de un momento a otro. Se queda ahí un buen rato antes

de volverse a su casa. A veces está más de quince minutos esperándolo.

Hoy, por primera vez desde que murió mi padre, el Polaco, después de esperar a Ramón, cruzó hasta mi casa. Está preocupado porque no volvió a verlo. Ya tocó varias veces el timbre, dice. Le digo al Polaco que insista. Que, por la hora, seguro que Ramón está adentro, ocupado con algo, haciendo algún trabajo en el fondo, o en la terraza tal vez. No, que el timbre de Ramón no funciona bien a veces, le digo.

Porque nada de lo que digo es cierto, cruzo con el Polaco hasta lo de Ramón. Sé que está ahí adentro. Que oyó el timbre, hoy y todos los días anteriores. Estoy segura de que espía por la ventana para ver si el Polaco sigue en la vereda.

Porque Ramón, lo dice siempre, no quiere saber nada con el Polaco.

—A mí ese tipo no me gusta.

—Mi padre decía que era un buen hombre.

—Puede ser, es que a mí no me gustan los llorones, dónde se vio un hombre que llora en la calle, a la vista de todos.

El Polaco vino de Polonia con su hermano mayor, cuando la guerra, todavía no tenía ni trece años. El hermano era apenas dos años más grande que él y a las pocas horas de llegar se perdió y nunca volvieron a encontrarse. El Polaco pasó toda la vida buscando al hermano que nunca encontró. Debe de ser por eso que cuando va por la calle el Polaco mira a todos los que pasan con esos ojos hú-

medos que parecen gastados. Todavía cree que va a encontrarlo, que van a volver a su país. Tiene ese sueño el Polaco: volver con su hermano a Polonia y visitar juntos la tumba de sus padres. Y morir allá.

Al Polaco le gusta contar historias. De Polonia, de la guerra, del hermano y todas las veces que creyó encontrarlo. Ramón dice que las historias del Polaco son puras mentiras y prefiere creer en lo que se dice por ahí. Que el padre del Polaco colaboró con los alemanes, que nunca tuvo ningún hermano, que se emborracha en el bar de la estación y persigue a las mujeres jóvenes que bajan del tren.

Al Polaco le gusta contar historias. Empieza contándolas en un español mezclado con algo de polaco que lo hace sonar seco. A medida que avanza en la historia, pasa del español al polaco sin darse cuenta y ya no puede volver al español. Y llora, siempre termina contando las historias en polaco y llorando. Parte el corazón verlo llorar así y no entenderle lo que dice. Es como si nunca hubiese hablado castellano, ni una palabra. Lloro y llora y habla en polaco.

Lo que no se sabe es por qué llora el Polaco. Porque las historias son tristes. Por su hermano que no aparece. Por la guerra. Por Polonia. Porque pierde el español chapucero que habla. Porque recupera el polaco. No se sabe.

Mi padre, entonces, cuando lloraba así, lo hacía entrar en casa, lo sentaba en el sillón frente al ventanal y servía vodka. Tomaban vodka mientras mi padre le decía que no se preocupara, que ya iban a

volverle las palabras, que tuviera paciencia, que ya iba a acordarse y que si no se acordaba, no importaba. Y volvía a llenar los vasos. El Polaco agarraba el vaso con la mano derecha y se secaba las lágrimas con la mano izquierda cerrada en puño.

Josef, le decía entonces mi padre cuando bebían, exagerando la efe, porque al principio no, al principio todos lo llamaban Josef al Polaco, pero con el tiempo la efe se fue suavizando cada vez más y todos terminaron diciéndole Jose, y después José, y Polaco. Y él no quería.

Ahí viene el Polaco, seguro que ahora empieza con una de sus historias y termina llorando como una mujer.

Pobre José.

Es un borracho.

No, es un buen hombre, un poco borrachín, sí, pero José es un buen hombre.

Sí, pero con esas borracheras tristes y lloronas.

Josef, le decía mi padre entonces y alargaba la efe hasta que terminaba de exhalar todo el aire.

Cruzo con el Polaco hasta lo de Ramón porque estoy segura de que debe de estar adentro. Y que lo oyó. El Polaco vuelve a tocar el timbre y después los dos caminamos unos pasos por la vereda hasta que nos sentamos a esperar sobre el tronco del paraíso. Él espera que Ramón llegue de un momento a otro de algún lado. Yo, que se asome de una vez y que conversen.

Por fin, Ramón sale de su casa.

Josef, le decía mi padre y empujaba la efe, so-

plando el aire entre los labios hasta que el sonido se desinflaba por completo.

Y bebían más vodka.

—Yo no voy a hacer nada de eso —dice Ramón ya en la vereda, cerca del tronco donde el Polaco y yo lo esperamos desde hace unos cuantos minutos.

Le hago un gesto a Ramón y después, enseguida, cruzo la calle, y los dejo solos. Un gesto sin que el Polaco se dé cuenta, para decirle a Ramón que no exagere, que tampoco es para tanto lo que hace. Después de todo, el Polaco sólo quiere contar alguna de sus historias, tomar un poco de vodka, regresar a Polonia aunque sea en las palabras, en esa lengua suya que suena seca y que lo aleja de todos nosotros.

Tiempo

Ramón se ofrece para mirar el reloj del comedor. Dice que va a ver si puede hacer algo. Desde que el reloj dejó de funcionar, estoy bastante perdida. No puedo acostumbrarme al hecho de que las agujas estén clavadas en la una y cinco, y miro a cada rato para comprobar la hora.

Ramón es un hombre con cierta habilidad para los arreglos domésticos y dice que quiere ver el reloj porque quizá se le ocurra cómo hacerlo funcionar otra vez.

Yo no supe arreglarlo. Estuve preguntando por un relojero pero no es fácil encontrar gente de oficio que arregle cosas tan viejas.

Es un reloj muy antiguo al que hay que dar cuerda una vez por semana y que mi padre heredó, a su vez, del suyo. Es una pieza de madera de roble, tiene un diseño sencillo y está apoyado sobre la pared del comedor que mira al norte.

Todos los domingos, por la noche, inserto la mariposa de bronce en el perno y la hago girar hasta agotar la cuerda. Siempre sé cuándo va a termi-

nar el procedimiento porque la mariposa empieza a hacerse más pesada cuando está llegando al final del recorrido. Ya en el último tramo, la mariposa gira con cierta dificultad sobre el perno. Hasta que los dos, perno y mariposa, llegan al tope.

Lo mejor es el sonido de las campanadas. Cada hora, a una campanada por hora, el reloj despliega una resonancia que empieza en el comedor y parecería que hiciera vibrar el aire alrededor. Y enseguida gana, más leve, el resto de la casa.

Ramón desarma la máquina sobre la mesa del comedor. Observa las piezas. Prueba con uno o dos cambios, pero nada. Ningún sonido, ningún movimiento. Vuelve a desarmar el reloj y observa el mecanismo en una actitud reflexiva.

No creo que pueda hacer nada, pero igual le digo que sí cuando me pregunta, que puede llevarse-lo. Dice que en su casa va a estar más tranquilo, y que él, que se da maña para todo, seguro que puede arreglarlo.

Y ahora es peor todavía, porque aunque sé bien que el reloj ya no está ahí, la fuerza de la costumbre me hace mirar la pared del comedor que da al norte cada vez que quiero saber la hora y ya ni siquiera veo las agujas clavadas en la una y cinco, ahora está ahí esa pared vacía y hasta tiene la marca del contorno del reloj sobre la pintura blanca.

Polillas

Ramón está fumigando el jardín de su casa. Prepara el veneno con tres partes iguales de diferentes productos y antes de rociar todas las plantas se pone una mascarilla para no inhalar el veneno con el que humedece las hojas y las flores. Hace esa preparación un día antes y con el mismo líquido mata caracoles, hormigas, cucarachas, mosquitos, babosas, arañas. Fumiga cada dos meses y cada vez que lo hace, cuando termina, se ofrece para fumigar mi jardín. No tanto por generosidad, aunque es un hombre bueno, sino, sobre todo, para aprovechar el veneno que le sobra.

—Es una lástima tirar esto —me dice, señalando el resto de veneno en el frasco.

Y enseguida hace los cálculos de cuánto gasta en cada fumigación. Tiene la mascarilla colgando del pecho y los guantes todavía puestos.

Por alguna razón, no quiero que Ramón fumi-gue mi jardín.

—Te estás equivocando —me dice, y echa una mirada a mis plantas.

Y es cierto que mis plantas necesitarían ese veneno. Tengo un rosal comido por las hormigas. Es un rosal trepador que da unas rosas silvestres de muchos pétalos apretados y unas hojas brillosas y ahuecadas. Aunque lo planté de un gajo pequeño, en menos de un año creció fuerte cubriendo la pérgola de madera. Hasta que una noche lo agarraron las hormigas y amaneció con las varas sin hojas.

Y los caracoles, también, que siempre aparecen en los días de humedad o de lluvia, y que muerden las hojas de la ampelopsis.

Y sé, además, que debajo del colchón que forma la hiedra disciplinada contra la pared del fondo, hay cucarachas y arañas.

Y, aunque no me gusta la mirada de Ramón controlando mis plantas, sé que tiene razón. Pero no quiero echar ese veneno. No vale la pena porque sé, también, que ningún veneno es efectivo ciento por ciento, que todo cuidado es, a la larga, inútil.

Recuerdo los esfuerzos de mi padre por cuidar un pañuelo de seda que guardaba porque había sido de su madre. Decía que la seda, junto con la lana y la madera, eran los alimentos preferidos de las polillas y que no había que descuidarse. No usó más que cuatro o cinco veces ese pañuelo pero en cada primavera lo oreaba al sol fuerte del mediodía y lo dejaba el resto del día al aire libre. Cuando lo guardaba, entre los dobleces del pañuelo, ponía algunas bolitas de naftalina. No sé si mi padre hizo esto durante los últimos años pero cuando abrí el pañuelo, hace unos meses, descubrí que la tela es-

taba comida por las polillas. Pequeños orificios que ya empiezan a deshilacharse y que son imposibles de coser porque la seda zafa a la costura. Y, aunque cuando abro los pliegues se desprende todavía algo del olor de la naftalina, creo que ya es casi imposible recuperar ese pañuelo.

Actores

Todos los meses, Ramón va al banco a cobrar la jubilación. Está horas y horas en esa fila que nunca se mueve. Por eso se lleva, en el baúl del auto, una sillita plegable, de ésas que se usan en la playa. Es una silla de lona verde que él va corriendo a medida que la fila avanza.

—Ya no aguanto tantas horas parado —me dice acomodando la silla en el baúl.

Y me cuenta que, en verano, hay gente que lleva una heladerita de telgopor con botellas de agua helada. Conoce a un matrimonio que, en pleno invierno, llega a las seis de la mañana para cobrar primeros. Como en ese banco la puerta del cajero está rota, los dos esperan parados ahí adentro para no tener tanto frío.

—Con tu padre era más fácil —me dice cerrando el baúl—. Él sí que se la había pensado bien.

Y sé de qué habla Ramón cuando lo dice.

—¿Qué traman? —les pregunté una tarde a mi padre y a Ramón cuando llegué a casa.

Estaban los dos sentados en la cocina y cuando

me vieron, dejaron de hablar. Ya otras veces los había oído cuchichear y siempre pasaba lo mismo: ni bien me veían, se callaban.

Un mediodía los vi llegar en el Chevrolet de Ramón, habían ido al banco a cobrar la jubilación. Hacía meses que iban juntos. Cuando estacionaron junto al cordón, se quedaron unos minutos en el auto, riéndose, y siguieron con la risa cuando bajaron.

—¿Qué pasa? —le pregunté a mi padre cuando entró.

—Nada —me dijo.

Sacó del bolsillo del pantalón el recibo de la jubilación y los billetes que había cobrado y empezó a contarlos con lentitud.

—¿De qué se reían los dos?

—De nada.

—No querés contarme.

—No.

—¿Por qué?

—Porque te vas a enojar.

—Nunca me enojo —le dije.

—Sí —me dijo él.

Mi padre había terminado de contar los billetes.

—¿Cuándo me enojé?

—Cuando te dije que quería teñirme el pelo como Ramón.

Mi padre acomodó los billetes en el cajón del mueble del comedor. Antes los había doblado con prolijidad y los había guardado en un sobre blanco. Después archivó el recibo de la jubilación y guardó el documento.

—Se tarda más en ir al banco que en gastarlo —dijo, intentando cambiar de tema.

No le contesté.

—A mí me parece que cada vez me dura menos la plata —dijo.

Me puse a acomodar unos diarios que mi padre siempre dejaba desordenados sobre la mesa y él se sentó en el sillón del ventanal que da al jardín.

—¿Aumentaron las cosas? —me preguntó.

—No sé —le dije.

—Te enojaste porque no te cuento.

—De qué se reían.

—Hacemos un poco de teatro en el banco —me dijo—, todos los meses, cuando vamos a cobrar.

—¿Cómo un poco de teatro?

—Me hago el enfermo para no hacer la fila.

—No puedo creerlo.

—Estábamos hartos de hacer dos o tres cuadras de fila, cuatro horas de espera para cobrar esta miseria —dijo señalando el cajón donde había guardado el sobre con la plata de la jubilación—. Se le ocurrió a Ramón —me dijo—, vos viste que él es de hacer esas cosas.

Dejé de acomodar los diarios y me senté frente a él.

—Me acuerdo que un día esperamos desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. Nunca más, me dijo Ramón cuando salimos, esto no nos pasa nunca más. Y le fuimos dando forma a la idea.

—¿Y qué hacen?

—Entramos juntos al banco. Yo me hago el ren-

go, muy rengo, como si no pudiera caminar solo. Él me lleva del brazo, como llevan los que acompañan a los inválidos.

—¿Cómo pueden creerte si ni siquiera usás bastón?

—Sí que uso —me dijo—. Ramón me presta uno para entrar al banco.

No parecía sentir ningún pudor cuando me explicaba el procedimiento. Lo hacía con tranquilidad y mirándome a los ojos.

—Ramón tenía un bastón arrumbado en la terraza de su casa. No sé de quién era. Es un bastón de madera con un taco de goma en el extremo. Lo lleva siempre en el baúl para cuando lo necesitamos. No es nada del otro mundo, es un bastón así nomás, pero nos vino bien.

—¿Entrás al banco con un bastón?

Mi padre se paró, se alejó del ventanal y acompañó la explicación con gestos y movimientos.

—Caminamos despacio, él me agarra del brazo como sosteniéndome, yo me apoyo en él para no caerme. Cada cinco o seis pasos, hago como si se me aflojaran las rodillas.

A medida que me contaba, iba entusiasmándose cada vez más, como cuando uno cuenta una película que le gustó.

—En cuanto el policía de la puerta nos ve —siguió mi padre—, nos hace pasar, nos acompaña hasta la caja y le ordena al cajero que me pague. Después, Ramón, por lo bajo, mientras el cajero cuenta la plata para pagarme, le pide que le haga el

favor, que ya que está, que le pague a él también porque no puede hacerme esperar a mí tanto tiempo. Por las piernas, le dice Ramón al cajero.

No podía creer lo que mi padre me contaba.

—En quince minutos estamos afuera, nos subimos al Chevrolet y nos venimos para acá —dijo mi padre y volvió a sentarse.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—No tiene nada de malo.

—Sí tiene —le dije.

—Me dijiste que no ibas a retarme.

—Nunca te dije eso.

Me levanté y fui a terminar de doblar los diarios.

—¿Y si salen del banco en quince minutos, por qué nunca vuelven hasta el mediodía? —le pregunté.

La tinta de los diarios me había ensuciado la yema de los dedos.

—Porque a la vuelta pasamos por el bar de la estación —me contestó—. Tomamos cerveza negra bien fría y nos comemos unas porciones de pizza.

Mi padre arrimó el sillón al ventanal y volvió a sentarse.

No le importaba nada lo que yo pensara.

Puso sus manos grandes sobre el apoyabrazos del sillón.

Lo vi entusiasmado mientras me contaba, pero el recuerdo del bar y la cerveza negra lo había animado aún más.

—El médico te dijo que no podés tomar alcohol.

Mi padre no parecía oírme.

—Cerveza negra helada —me dijo mientras se pasaba la palma de la mano ancha por la cabeza—. Eso es vida.

Traje azul

Es la primera vez que lo veo a Ramón vestido con traje y corbata. Tiene un traje azul, una camisa blanca y una corbata oscura con pintitas celestes. Lo veo salir caminando despacio de su casa y ni me imagino que al día siguiente Ramón va a contarme esa historia de la tetona.

La tetona vive en nuestra misma cuadra. Tiene un poco más de cincuenta años y ya quedó viuda dos veces. Después del segundo marido muerto, juró que no iba a volver a casarse. Y cumplió. Pero lo que sí tiene son novios. Mi padre y Ramón se divertían hablando de los novios de la tetona.

La tetona no es una mujer alta pero lo parece porque siempre está subida a unos tacos finitos. Tiene una piel blanquísima y un pelo largo con ondas que le caen a los costados, sobre los pechos inmensos. Es una mujer amable y tiene unas uñas larguísimas que siempre lleva pintadas de color rosa.

El último novio de la tetona fue un hombre un poco más joven que ella, esmirriado y sonriente, que siempre nos saludaba cuando nos cruzaba en

la calle. A mi padre y a Ramón les gustaba inventarles sobrenombres a los novios de la tetona. Éste era tan menudo que le pusieron Brutus.

—Brutus no va a durarle demasiado a la tetona —comentó mi padre la primera vez que los vieron llegar juntos.

—No —dijo Ramón—, no le van a dar las fuerzas para escalar esos cerros.

Antes, la tetona había tenido un novio del que todos sospechábamos que le pegaba. Ella solía aparecer con golpes y moretones en la cara y en los brazos y cuando le preguntábamos, nos contaba sobre alguna caída del colectivo o algún accidente casero.

Y una vez tuvo un novio que trabajaba en un show de lucha libre. Era un hombre grandote, de brazos musculosos y bigote abundante. Ella iba todos los fines de semana a verlo actuar. La tetona lo recordaba como el más bueno de todos sus novios. El grandote cocinaba, lavaba los platos y le hacía arreglos en la casa. A veces la acompañaba a hacer los mandados y él cargaba con las bolsas mientras la tetona caminaba derecha sobre sus tacos finos. La tetona le dijo una vez a mi padre que el grandote era un pan. Sin embargo, lo dejó a los pocos meses. El luchador, les contó una tarde la tetona a mi padre y a Ramón, tenía una madre absorbente que lo llamaba por teléfono ni bien él llegaba a casa de la tetona y lo volvía loco hasta hacerlo volver.

Mi padre y Ramón recordaban de memoria la lista de novios de la tetona y se divertían diciendo groserías que imaginaban acerca de los encuentros

entre la tetona y sus hombres. Y por las tardes, cuando ella pasaba caminando, siempre se llevaba los ojos de estos dos hombres colgados de las puntas de sus senos.

Qué raro me resulta ver a Ramón vestido con ese traje.

Al día siguiente, cuando me cuenta que se vistió así porque había invitado a salir a la tetona, me sorprende.

—¿Y por qué no? —me pregunta—. ¿Yo no puedo acaso?

Dice que fueron a la pizzería de la estación y tomaron cerveza negra. Después caminaron un poco por el centro y cuando volvieron ella lo invitó a que pasara pero él no quiso entrar a la casa.

—Hizo mal —le digo, desaprobando.

—Es que estaba incómodo con ese traje —me dice él levantando los hombros—. No veía la hora de llegar a mi casa para sacármelo.

Yo podría decirle que, sin embargo, el traje le quedaba bien, que se lo veía muy elegante o algo así, pero me quedo callada.

—Me ahogaba —me dice, y hace un gesto como tocándose el nudo de la corbata que ya no tiene.

—Podría haberse puesto otra ropa —le digo.

—No, es que no era la ropa —dice Ramón—. Era un ahogo —dice, mientras repite ese gesto de asfixia llevándose la mano al cuello.

Chevrolet

Como todos los sábados, Ramón está lavando el auto en la vereda de su casa. Usa unas botas de lluvia, de goma negra y caña alta y un short de baño. Primero cepilla las gomas, después lava la carrocería, limpia los asientos, aspira los interiores, limpia los vidrios y finalmente lustra la chapa celeste hasta hacerla brillar.

Lo que me gusta es el gesto de Ramón cuando termina la limpieza de su Chevrolet.

Deja todas las puertas abiertas, la radio encendida, las ventanillas abiertas.

Se aleja un metro del auto, un poco más tal vez.

Lo mira con detenimiento.

Después camina, bordeando el auto, con los brazos cruzados detrás de la cintura a veces.

Vuelve a pararse. Lo observa desde otro ángulo. Tal vez se acerque y limpie alguna pelusa que haya quedado en la chapa.

Vuelta a caminar.

Se detiene, esta vez, quizá, con los brazos cru-

zados. De nuevo observa. Se acerca al auto. Observa otra vez. Se aleja. Se detiene.

Casi siempre, cuando concluye su observación, sube al auto y da una vuelta a la manzana antes de entrarlo en el garaje. Deja en la vereda el detergente, los cepillos y el balde y arranca. A veces, lo veo desde la puerta de mi casa. La cabeza de Ramón, sola en todo el espacio de adelante, parece achicarse a medida que el auto se aleja. El Chevrolet es un auto demasiado grande para un hombre solo, pienso antes de que Ramón doble la esquina.

Diarios

—No podés tirar todos esos diarios —me dice Ramón.

Y leo una dirección en el papel que me tiende. Ramón escribe siempre con esa letra grande y de trazo inseguro. *Librería Antique. Diarios viejos. Avenida Córdoba 2545.* Hay también un teléfono y el año de la fundación del negocio. Enseguida, Ramón se ofrece para acompañarme.

Durante toda su vida, mi padre juntó pilas y pilas de diarios. Decía que no podía tirarlos porque le había quedado una nota sin leer, o porque quería guardar un artículo que le había interesado o porque necesitaba una dirección. A mi padre le parecía que todo lo que había en un diario tenía que guardarlo porque podía servirle. El galpón está lleno de diarios y también hay en su cuarto, todavía, dos sillas con pilas altísimas. A veces hacía esto, desparramaba los diarios en su cama o en la mesa del comedor y pasaba una tarde entera hojeándolos o releendo.

—Si por lo menos los tuvieras ordenados —le recriminaba yo a menudo.

—¿De qué sirve tener los diarios ordenados?

Se pasaba horas y horas buscando un apellido que había leído hacía un tiempo, la ruta en donde se había producido un choque que le había impactado, la inauguración de una fábrica que se había abierto tres años atrás y de la cual el diario del día anunciaba su quiebre. Y casi nunca lograba encontrar lo que buscaba.

—Cómo vas a tirarlos —me dice Ramón—. Hay que encontrar un destino para esos diarios.

La Librería Antique es un local chico con un mostrador en el lateral derecho y muchas revistas en las mesas de saldo. Mientras Ramón se acerca al mostrador y le pregunta cuánto pagan por los diarios, yo recorro las mesas de saldo.

Hay muchos clientes y el encargado le dice que lo espere. Hay unas seis o siete personas comprando diarios de distintas fechas. Los clientes piden un diario, el vendedor anota día y año y enseguida desaparece por detrás del cortinado que separa el negocio del depósito. A los pocos minutos, aparece con el diario. Cada ejemplar sale treinta pesos y el vendedor lo entrega en un sobre de papel madera que tiene la tarjeta del negocio pegada en el frente.

Le pido al vendedor el diario del día de mi nacimiento y cuando abre el cortinado para ir a buscarlo, espío ahí atrás sin que el vendedor se dé cuenta. Del otro lado del cortinado, un galpón enorme, lleno de estantes con pilas de diarios. Alcanzo a ver carteles escritos con letra de imprenta mayúscula que indican el nombre de los meses. En

dos minutos, ante mí, el vendedor con el diario del día de mi nacimiento. Las hojas opacas despiden un resto de tinta olorosa que se me pega en la yema de los dedos.

—Qué rápido que encuentra todo —le digo mientras busco los treinta pesos para pagarle.

Me explica el vendedor, entonces, guardando el diario en el sobre marrón, que detrás del negocio, en el depósito, tiene todo ordenado por año, por mes, por día.

Nos volvemos a casa antes del mediodía. Ni Ramón ni yo sabemos qué hacer con todos esos diarios apilados de mi padre.

—No le pregunté cuánto pagan —le digo a Ramón antes de llegar.

—Yo tampoco —me dice él, y ahora parece no darle ya ninguna importancia al asunto este de la venta de los diarios viejos de mi padre.

Pajaritos

Hace días que pienso en lo que me preguntó Ramón. Que si no puedo seguir alimentando los pájaros de mi padre, me preguntó. No le contesté nada en ese momento pero desde que me lo dijo, estoy dándole vueltas en la cabeza a ese asunto. Aunque sólo lo pienso, porque no hago nada. No busco las bolsas de alpiste en el galpón, ni cambio el agua de los bebederos, ni nada.

Pero lo pienso.

Un día me digo que sí, que no sería tanto trabajo. Cuánto tendría que dedicarle después de todo, menos de quince minutos diarios. Cuánto tiempo son quince minutos en un día.

Pero otros días pienso que no, que por qué Ramón tuvo que preguntármelo, que cuando alguien se muere, se muere y no hay por qué ir detrás de esas hilachas que tardan más de la cuenta en desaparecer.

Que por qué voy a alimentarlos, que no, que mejor no, que si les doy de comer voy a terminar como mi padre, que a veces parecía tener la cabeza llena de esos mismos pájaros que alimentaba.

Y es tan raro lo que pasa, pero desde que estoy pensando en esto, los gorriones volvieron a revolotear por el jardín.

Vienen por las tardes, cuando ya casi no hay sol y las plantas del jardín parecen más oscuras bajo las sombras de los cipreses. O por las mañanas a veces. La luz clara de la mañana y la frescura del aire a esa hora los hacen parecer más livianos en el vuelo, más ágiles.

Hoy mismo, temprano, después de abrir los postigos de madera de las ventanas, tres o cuatro pájaros volaron por unos instantes cerca del rosál. Fueron del rosál a la ampelopsis en un vuelo corto y rápido y después desaparecieron.

Y anoche me dormí pensando en eso.

Bastón

Hoy, antes de lavar el auto, a Ramón se le ocurrió, también, limpiar el baúl. El baúl del Chevrolet es enorme y cuando lo abre, Ramón mete casi medio cuerpo adentro para aspirarlo. Todavía tiene en el baúl el bastón que usaba mi padre los días que iban a cobrar la jubilación al banco. Lo deja sobre la vereda, junto con la goma de auxilio y el críquet. Cuando termina de pasar la aspiradora, guarda todo lo que había sacado del baúl, pero, enseguida, vuelve a sacar el bastón y cierra el baúl.

—Guardalo vos —me dice.

Y paso días buscando un lugar para este bastón acá en la casa. Lo apoyo primero en un rincón del comedor, al lado del mueble en el que guardaba sus documentos y la plata de la jubilación, pero lo saco rápido de ese lugar, viéndolo ahí, me digo, parecería que alguien va a venir a buscar a mi padre para ir a caminar. Después pienso en el paragüero, pero tampoco lo dejo ahí más que uno o dos días. Ni hablar de ponerlo en su cuarto, no.

Pero dónde. Dejo pasar unos días.

Mientras tanto el bastón, aquí y allá.

El sábado siguiente, cuando Ramón aparece otra vez en la vereda vestido con su uniforme de lavar el auto, botas largas de goma, short de baño, me cruzo.

Está preparando el balde con agua y detergente y la espuma blanca rebalsa del borde. Le extiendo el bastón sin decir nada. No sé qué decirle, no encuentro las palabras.

Se lo extiendo entonces, y tengo que esperar porque él se sacude la espuma de las manos, que cae apenas sobre el pasto, y después rápidamente se pasa las manos mojadas por el short para secárselas y extiende los brazos y espera que yo diga algo pero yo no encuentro ninguna palabra y por unos instantes el bastón queda ahí, entre nosotros dos, brazos extendidos, bastón al centro.

—¿Qué hago con esto? —me pregunta Ramón.

—No sé —le digo—, es suyo.

—Ya no —me dice.

Y recojo mis brazos y el bastón queda ahora de su lado y enseguida él hace esto: abre el baúl y guarda el bastón allí adentro.

La limpieza del Chevrolet sigue su curso. Aspira, lava, limpia, lustra. Antes de entrar, Ramón retira el bastón del baúl y lo entra en su casa.

Ahora, cada vez que subo a la terraza, evito mirar la suya, porque me imagino que puso el bastón ahí arriba, entre las bicicletas oxidadas y esas gomas del Chevrolet que él guarda y que yo creo que ya no sirven para nada.

Luz

El corte de luz afecta a más de diez manzanas. La cortaron a las seis de la tarde. Dijeron que la darían en dos horas, apenas pudieran arreglar el transformador, que no funciona bien desde la última tormenta, pero ya son las once y todavía nada.

Hace calor en los cuartos. Como estoy cansada, me meto en la cama y enseguida me duermo.

A la madrugada, antes de las tres, me despierto empapada en sudor y todavía sin luz. Camino a oscuras hacia la cocina, a tientas, chocando con la punta de algún mueble. Frente a la pileta, tanteo la canilla, me mojo la cara y dejo que las gotas se deslicen por el cuello.

No voy a volver al cuarto. El aire allí, y en la casa toda, parece aplastarme contra las sábanas, como un vaho cada vez más pesado.

También es el verano en los mosaicos calientes de la cocina. Y afuera también, alrededor de la casa, en el silencio caliente de esta oscuridad.

Voy a quedarme acá, en el jardín. Así, sentada

en la vereda de ladrillos que bordea la casa, la espalda apoyada sobre la pared que se descascara.

Voy a esperar acá que vuelva la luz.

Tanta quietud y un silencio que parece hundirnos a todos.

Las calles, en una negrura de boca de lobo que nos traga.

Oigo a Ramón que carraspea en su vereda. Ni una palabra pero carraspea, como si quisiera despertar su garganta dormida.

Lo imagino sentado en el tronco del paraíso, deseando la frescura que daban sus hojas.

El silencio de los dos y el calor que asfixia en esta madrugada.

Adivino el rostro de Ramón, recortándose en la oscuridad. La sal en la piel pegajosa de la cara. La pesadez del ahogo. El sudor.

Algunas luciérnagas, pero pocas, pinchan cada tanto la negrura de esta noche larguísima.

Sobretudo

No quise darle a Ramón el sobretodo de mi padre. Había comprado ese abrigo cuando era muy joven pero es una buena prenda, y a pesar de los años, el sobretodo está casi nuevo. Es una tela gruesa que tiene un tramado pesado y tupido, un negro opaco con un jaspeado blanco que se pierde. Cuando era chica me gustaba ver a mi padre enfundado en su sobretodo. Era tan largo que sólo quedaba al descubierto la botamanga del pantalón.

Una mañana de julio fuimos a conocer la calle Florida, cuando recién la habían inaugurado como peatonal. Caminamos a lo largo de toda la calle mirando las vidrieras y sin entrar en ningún negocio. Mi padre caminaba erguido enfundado en su sobretodo.

La noche que lo internamos, antes de salir, aunque casi sin voz, me ordenó que le trajera el sobretodo. El médico le dijo que no hacía falta, iría en una camilla y lo taparían con una frazada. Mi padre me miró y yo no supe qué decirle.

Era una mañana muy fría cuando le dieron el al-

ta. Volvimos a casa antes del mediodía. Mi padre tenía puesto su sobretodo. No había querido ponerse zapatos, y llevaba sus viejas zapatillas de lona azul. Ya no se lo veía tan erguido y daba la impresión de que le sobraba bastante tela a la altura de los hombros y en el vientre.

Tal vez ahora tenga que darle a Ramón este abrigo, pero no sé, no me decido todavía. Este último invierno, el primero sin mi padre, lo usé algunas noches como abrigo sobre la cama. En las noches frías, me gusta dormir con abrigo pesado. Por las mañanas, cuando me despertaba, el olor de mi padre impregnado en su sobretodo, una mezcla de lanas, naftalinas y crema de afeitar, flotaba en el aire alrededor. Y es ese el olor que está encerrado en el ropero donde guardo ese abrigo.

Viento

El viento empezó hace menos de una hora como un soplido. Es un silbido largo que zigzaguea por las calles avanzando y levanta polvo, hojas secas, suciedad. Seguro que viene tormenta porque este ventarrón, casi siempre, termina en diluvio.

En las calles se forman esos remolinos que levantan la basura, los papeles. Enseguida el viento es un zumbido grueso que estremece y las ráfagas parecen envolverlo todo como látigos que cortan la tarde.

El zumbido es ahora un aullido sordo que nace ahí nomás, y los árboles del baldío, tres pinos de ramas flexibles, se mueven con el viento.

El viento sopla empujando todo. Todo lo ensucia y desordena afuera, en el jardín y en la calle. No alcanzo a darme cuenta de cuál es la ventana que golpea con ese ruido que me sobresalta. Dejo todas las ventanas abiertas para que se refresque la casa, voy a dejar todo así aunque tenga que oír golpear esa ventana, por lo menos hasta que se largue la lluvia.

Ramón le tiene miedo a las tormentas y apenas

empieza el viento, cierra las ventanas que dan a la calle y se apura a cerrar también las persianas. Se oye el ruido de las tablitas cayendo rápidas unas sobre otras.

El cielo está cada vez más negro pero las primeras líneas brillantes de los relámpagos resquebrajan la oscuridad allá arriba.

La loca

Son tan feos estos días de lluvia.

Amaneció lloviendo y el agua ya inundó la calle en bajada. Siempre se junta allí, donde hace esquina, formando una pileta de agua sucia que tarda en circular.

No me gusta la lluvia porque hace los días inútiles, lo atrasa todo, lo demora. Me la paso dando vueltas por la casa sin hacer nada, me detengo detrás de las ventanas a mirar, a esperar a que termine.

Pero a la loca sí le gustan. La loca de la lluvia. Nadie sabe nada sobre ella, ni de dónde viene ni con quién vive ni por qué se volvió loca ni nada. Es una mujer robusta, de piernas largas y fuertes. Tiene un rostro ancho, ojos negros y el pelo largo y con rulos grandes. Cuando llueve, recorre las calles y el agua le empapa la ropa que enseguida se le pega al cuerpo. Bajo el agua, la loca se ríe y va corriendo por el medio de la calle, con la cara al cielo y la boca abierta. Dice que quiere tragarse todos los diluvios para que la purifiquen.

Como siempre, ella se detiene frente a nuestra casa.

Enseguida, apenas llega la loca, Ramón cierra su persiana.

Mi padre, en cambio, se asomaba por la ventana porque le gustaba ver a esa mujer.

Las plantas anchas de los pies descalzos sostienen un cuerpo que se balancea apenas. La ropa empapada se le adhiere a la piel y ella se ríe mientras grita, una vez más, que va a tragarse todo el agua. La lluvia le estira los rulos y le pega un mechón largo sobre la mejilla.

Se oye el ruido de las tablitas de la persiana de Ramón cayendo rápidas unas sobre otras. Pero creo que la loca ni siquiera lo advierte. La loca mira hacia nuestra casa, y yo, desde el ángulo de la ventana, contemplo esos últimos instantes de su danza. Después me asomo por el marco de la ventana para verla correr por el medio de la calle.

Ferrocarriles

No para de llover, y el viento que entra por la ventana levanta las cortinas y las hace bailar.

Mientras estoy acá, encerrada, esperando que por fin pare la lluvia, ordeno la repisa del comedor. Siempre hay tanto polvo pegado en todas partes. En los tres libros en el estante segundo, el de mi padre. Son dos libros viejos del ferrocarril y un diccionario.

El primero es un libro alargado de tapas de hule negro y rígidas. *Ferro Carril del Sud / REGLAMENTO*
Hojeo y leo al azar.

Art. 535. Evitación de robos.— Los jefes de estación y demás personal tomarán medidas para preservar de los ladrones las mercaderías confiadas a la Empresa y los artículos de propiedad de esta última.

Art. 527. Pluviómetro.— Donde haya pluviómetro, el jefe medirá el agua caída, cada vez que llueva, transmitiendo ese dato por telégrafo de acuerdo con las instrucciones en vigencia. Una vez extraída el agua se cerrará bien la canilla.

Art. 538. Granizo, tormentas.— Después de una tormenta y especialmente si ha caído granizo, los jefes procurarán averiguar, lo más pronto posible, qué daño han sufrido las sementeras, comunicando luego el resultado de sus averiguaciones al Inspector de Tráfico.

Art. 545. Jugadores en los trenes.— Cuando los guardas sepan que viajan jugadores en el tren, advertirán de ello a los pasajeros. Si los jugadores intentaran hacer jugadas, los guardas intervendrán para evitarlo y si sus indicaciones no fueran atendidas, pondrán el hecho en conocimiento del jefe de la primera estación donde paren, quien entregará los jugadores a la policía.

Art. 489. Abandono del puesto.— El guardabarrera no debe ausentarse de su puesto sin previa conformidad del jefe ni antes de la llegada de su reemplazante pues sería responsable de lo que ocurriese por haber abandonado la barrera. Durante las horas de servicio, dedicará toda su atención a vigilar la vía hasta donde alcance su vista.

El otro libro dice en la tapa, blanda: *Ferrocarril Nacional General Roca. Itinerarios de Trenes Generales. Para Uso y Gobierno De Los Empleados Exclusivamente. Vigente Desde El 20 De Abril de 1953. Administración General.*

La letra de mi padre agrega, con tinta negra: *Darwin 22-4-53.* Lugar y fecha están separados por el escudo nacional que está impreso en la parte superior de la tapa del libro.

El sonido de la lluvia es suave por momentos.
Otra vez hojeo y leo al azar.

Observaciones

H Indica parada para bajar pasajeros procedentes de Plaza C. Y subir únicamente pasajeros con destino a estaciones comprendidas de Zapala a Médanos y Ramal Cipolletti a Kilómetro 1218

DP Indica Desvío Público

*PP Indica que el tren es pasado por otro
Precauciones Permanentes*

IMPORTANTE

Con excepción de las que figuran a continuación se observarán en todos los casos las siguientes precauciones en los empalmes y cruces de vías a un mismo nivel.

Empalmes de vías principales:

- *En la vía recta o tomando la curva del cambio*
- *Cruzadas entre vías principales*
- *Entrando o saliendo de las vías auxiliares y desvíos*
- *Transporte de Hacienda*
- *Formación de Trenes de Carga / Cuando el tren conduzca vagones de carga, éstos deben venir a la cola, es decir, atrás de la hacienda.*

Cerca del marco, una bruma de telas se agita liviana por el juego del viento que entra por la ventana.

En la contratapa, el dibujo del itinerario. Leo al azar otra vez: *Cañuelas, Darragueira, Brandsen, Quequén, Copetonas, Lezama, Ingeniero White, Ja-*

cobacci, Galván. Y lo advierto enseguida, el itinerario en la contratapa es ese dibujo del mapa con caminos que se entrelazan o bifurcan, que la ampeleosis repite sobre la pared desnuda del invierno.

Las palabras

Llueve todavía, y cada vez más. Y está el ruido del agua que cae con fuerza sobre las tejas también.

En el segundo estante de la repisa del comedor, mi padre guardaba, junto con los dos libros del ferrocarril, el *Diccionario Larousse ilustrado de la Lengua Española*, que cuidaba como si fuera oro.

Le gustaba leer y leer las definiciones no sólo de palabras desconocidas para él, sino también de palabras comunes y corrientes.

Hojeo y me detengo en las palabras que mi padre señaló. Hay palabras marcadas con una cruz y otras que están subrayadas. Algunas palabras tienen una tilde roja o verde y otras, poquísimas, en todas las hojas que reviso, están tachadas, aunque con lápiz negro, de los que se pueden borrar fácilmente. Leo algunas.

Piedra: materia mineral dura y sólida, que se emplea en construcción.

Gracia: Beneficio, concesión gratuita. Disposición afable o amistosa o protectora respecto a alguien.

Pilífero: que tiene pelos.

Respiración: Función mediante la cual las células vivas oxidan sustancias orgánicas, que se manifiesta por intercambios gaseosos, como absorción de oxígeno y expulsión de gas carbónico. Respiración artificial: método de tratamiento de la asfixia y de la parálisis respiratoria. Sin respiración, muy impresionado, asustado.

Peaje: derecho que se paga por utilizar un puente, carretera o autopista. Lugar donde se paga ese derecho.

Mi padre se había inventado un juego con el diccionario, una especie de solitario sin cartas pero con palabras, que jugaba algunas tardes mientras esperaba que se hiciera de noche. El juego consiste —o consistía, es que no sé si ya nadie lo juega más, si es que sólo mi padre lo jugaba— en escribir una oración formada por la mayor cantidad de palabras posible. A un punto por palabra.

Entre las hojas del diccionario, mientras voy de la pe de piedra a la ge de gracia y así, encuentro papeles escritos por mi padre.

La lluvia sigue. La corriente de aire que entra por la ventana hace bambolear las cortinas blancas formando globos livianos que se desvanecen enseguida.

En la primera de las hojas que encuentro, mi padre escribe una oración corta en la que no alcanza más de nueve puntos, dice algo sobre la luna y cómo bordea la oscuridad, la frase tiene varias tachaduras y correcciones pero aun así no logra darle un sentido a la oración.

El aire de la lluvia que entra por la ventana es frío y húmedo. Y está también el ruido metálico del agua de lluvia, corriendo por la zinguería de los desagües.

En otra escribe sobre las piedras y su forma de evanescerse en la tierra. En esta frase incluye, entre otras, las palabras *fertilidad, tierra, dureza, precipitarse*. Es una oración difícil de leer porque no pone comas en ningún lado y es bastante larga, usa casi veinte palabras pero suma mal y el puntaje que anota es veintitrés cuando lo exacto sería diecinueve.

El jardín está inundándose. Los truenos suenan cerca de la casa, y los relámpagos hacen grietas frágiles en la negrura del cielo.

Sólo en una de las oraciones alcanza más de treinta puntos. Algunas de las palabras que usa son *ruinas, felicidad, silencio, cristalizar, respiración, termino, siempre, todo, rabia, lejos, maderas*.

Remedios

Dice Ramón que en la última consulta el doctor le aumentó la dosis de la medicación que venía tomando y le dio, además, remedios nuevos. Y que está preocupado porque él tomaba sólo dos remedios pero ahora el gasto de farmacia va a ser más grande y no sabe si va a poder pagarlo.

Le digo que me haga una lista con todos los nombres de los remedios. Quiero fijarme si hay alguno de esos en la caja llena de medicamentos que tomaba mi padre y que todavía tengo en el armario del pasillo. En el último tiempo, el médico venía hasta tres veces por semana y en cada visita cambiaba los remedios.

Esa tarde, Ramón me alcanza un papel sin renglones con los nombres de la medicación, están escritos con una letra grande y un trazo inseguro.

Apenas entro en la casa, busco la caja en el armario. Está llena de píldoras, frascos, inyectables. Sólo encuentro dos de los siete medicamentos que le pidieron.

Mientras reviso uno por uno para ver las fechas

de vencimiento, me pregunto para qué guardo estos remedios. Casi todos vencen dentro de dos años. Qué hago con esto, me pregunto, esperar a que venzan para tirarlos. La caja más grande era una medicación para la circulación sanguínea, recuerdo, y era un remedio carísimo, y después se lo había cambiado por este otro, caja amarilla, para el corazón. Cajas y cajas.

Aunque me agradece los dos medicamentos que le doy, Ramón sigue preocupado, se nota.

—Es que tengo que comprar cinco más —me dice, yéndose.

—Igual —le digo mientras cruza la calle, creyendo que ya no me escucha—, los remedios no curan a nadie.

—Eso lo sabe cualquiera —me contesta después de girar para mirarme mientras habla. Está parado en la mitad de la calle y parece enojado—. Pero hay que tomarlos igual —dice, y hace, al mismo tiempo, ese gesto de levantar apenas los hombros mientras me contesta.

Después vuelve a darme la espalda y enseguida alcanza la vereda.

Choques

Ayer, Ramón chocó cuando volvía del banco. Había ido a cobrar la jubilación y, justo a la altura en donde la avenida se angosta para desembocar en el puente que cruza las vías, quiso pasar un auto y calculó mal la distancia. Lo que él dice es que le parecía que pasaba tranquilo y el colectivo que avanzaba por la mano contraria se le vino encima y no le dio tiempo a nada. Ramón no atinó a tirarse a la banquina para esquivarlo y chocaron de frente. No se lastimó, sólo tiene un moretón grande en la frente pero dice que no le duele. El colectivo que lo chocó no se hizo casi nada, apenas un par de raspones en el guardabarros, pero el auto de Ramón, en cambio, está muy abollado en el frente.

El Chevrolet está estacionado frente a su casa y los dos estamos ahí contemplándolo mientras Ramón me cuenta. La chapa está muy arruinada y el celeste metálico de la pintura dibuja mil grietas sobre la superficie chocada del capot.

—Parece un acordeón —me dice Ramón, brazos cruzados, hombros caídos.

Pero, a pesar del choque, el auto no tiene problemas con el arranque y el motor funciona casi bien.

—Voy a tener que andar así —me dice ahora con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón—, con todo el auto chocado.

Piensa llevárselo dentro de un tiempo a un chapista que conoce y que, según me dice, siempre pasa presupuestos más baratos que otros y además no trabaja nada mal. Pero por ahora no puede. Que cuando lo lleve al chapista, me explica Ramón, de paso le va a hacer arreglar el paragolpes que se aflojó el día en que volteó el paraíso tirando con el auto de la sogá que había atado al paragolpes para derribar el árbol.

Ramón parece abatido. Mientras habla, da vueltas alrededor del Chevrolet, lo observa.

A nosotros también nos chocaron el frente del auto una vez, cuando veníamos por la ruta, pero mi padre no se hizo tanto problema. Había comprado su primer auto. Era un Kaiser Carabela, un auto negro que tenía un volante grande y brillante con un redondel en el centro. Él presionaba ese círculo con la palma abierta para tocar la bocina, que sonaba ronca y áspera. Cuando lo compró, esa primera semana, fuimos unos días a Monte Hermoso para ablandar el motor.

Estuvimos tres días en el mar. Pasábamos todo el tiempo en la playa entrando y saliendo del agua y por las noches íbamos al muelle. A mi padre le gustaba oír el ruido de los golpes de las olas rom-

piendo contra las paredes del muelle. Al tercer día nos volvimos a casa. Mi padre dijo que viajaríamos de noche para aprovechar el último día en la playa. Antes de salir, pasó un trapo rejilla al parabrisas, controló que estuvieran todos los documentos y, después, salimos despacio. Viajamos toda la noche sin parar más que una vez a cargar combustible y controlar el aire de las gomas. Cuando salimos de la estación de servicio, en la banquina, esperando para volver a salir a la ruta, una camioneta blanca nos llevó por delante y arruinó la trompa del Kaiser. La camioneta que nos chocó no venía a mucha velocidad, había frenado porque quería entrar en la estación de servicio, pero dijo que no nos había visto. A pesar del choque, ni ellos ni nosotros nos lastimamos, pero daba pena ver nuestro auto nuevo, recién salido de fábrica, y ya chocado. Mi padre no demoró mucho en hablar con el dueño del otro vehículo. Se pasaron los datos personales y los del seguro. Después me dio una linterna, abrió el capot y me indicó que le alumbrara. Estuvo unos pocos minutos con la cabeza metida adentro del motor para ver si se había roto algo y, cuando volvimos a subir al auto, tenía las manos engrasadas y la frente brillante de sudor.

—Todo está bien —dijo secándose la transpiración, y enseguida abrió la guantera—. Podemos seguir viaje.

Fue todo lo que dijo mientras se limpiaba las manos con un trapo. Salimos a la ruta. Mi padre encendió la radio y buscó una música suave. El soni-

do de los instrumentos llenó la cabina del auto, que parecía tan grande.

—Dame un poco de café —dijo mi padre.

En el asiento de atrás teníamos un termo con café caliente y un frasco de azúcar, pero nos habíamos olvidado de reponerla y estaba casi vacío. Mi padre tomó dos o tres sorbos.

—Fueron buenos estos días —dijo pasándome el vaso con café.

Era un café fuerte y amargo pero igual lo tomé. Volví a llenar la taza y se la pasé a mi padre.

—Tuvimos suerte, vinimos sólo tres días y tuvimos los tres días de sol —dijo, y agregó algo sobre el café y lo bien que había venido porque lo iba a mantener despierto para manejar.

Recuerdo ese viaje para siempre y la felicidad rara que sentí viajando al lado de mi padre en un auto nuevo, tomando café y hablando en la oscuridad casi toda la noche. Aunque después, pocas veces, mi padre y yo volvimos a hablar sobre aquel viaje, con el tiempo, el recuerdo de aquellos días en el mar y de esa felicidad fue creciendo cada vez más, aunque en lo más íntimo de mí siempre supe que no era gran cosa todo eso, al fin y al cabo sólo éramos un padre y su hija que atravesaban la ruta regresando a casa en un auto chocado.

Ramón no parece escuchar mi historia del Kaiser. Sigue dando vueltas alrededor de su Chevrolet chocado. Está tan desanimado.

—No sé qué voy a hacer ahora —dice.

Sobre la superficie abollada del capot, lo advier-

to enseguida, las grietas de la pintura celeste dibujan un mapa con el itinerario de caminos que se entrelazan o bifurcan como en la contratapa del libro del ferrocarril de mi padre, como las ramas sin hojas de la ampelopsis sobre la pared desnuda del invierno.

Cielo oscuro

Yo sé que, cuando pase un avión, Ramón, y también yo, vamos a pensar, siempre, en mi padre.

Para mi padre, los aviones fueron la guerra, el viaje a América.

La voz de su madre contándole esa historia una y otra vez.

Vivían en el norte de Italia, en la provincia de Piacenza. Ella había ido con su hijo hasta la fontana. La fontana era un recipiente grande de madera de quebracho en el que se recogía el agua que bajaba de la montaña. Mi padre no tenía cinco años todavía. Bebieron del hilo de agua fría que llegaba hasta ahí. Se humedecieron la frente y se pasaron las manos húmedas por el cuello. Cuando regresaban, oyeron el ruido de los aviones que volaban cerca y tapaban el sol.

El cielo que se oscureció.

Los bombardeos.

Las detonaciones que hacían temblar el cuerpo y la tierra bajo sus pies.

El humo que enceguecía.

La sordera de los estruendos.

La madre se refugió con el hijo bajo la fontana.

A la mañana siguiente, cuando vio que tiraban el paracaídas con alimentos, corrió a hacer la fila. Una vez por semana tiraban paracaídas con comida y remedios. Todavía no se había cumplido una semana desde el último paracaídas, pero, esa vez, se adelantaron por el bombardeo. Después, hizo, también, la otra fila, la que hacían para repartirse los seis metros de la tela del paracaídas. Le dieron menos de un metro de esa tela blanca, casi traslúcida. Porque después de ese bombardeo, ella quiso viajar a América, quedarse acá para siempre. Entonces, esa misma noche, cosió una camisa para vestir al hijo el día del viaje en barco. Tuvo que deshilar un borde de la tela para conseguir el hilo para coserla.

Por eso digo, porque cuando oía el ruido de un avión, mi padre, algunas veces, contaba esa historia.

Y otras veces no, otras veces se quedaba callado, como si oyera las detonaciones y la tierra temblara bajo sus pies.

Silencios

Doy la vuelta a la esquina y veo la luz de la sirena que gira rápido sobre el techo de la ambulancia. Desde la distancia, pienso que puedo estar en un error, que quizá no están en la casa de Ramón sino en la de al lado. Camino rápido bajando la calle mientras la luz de la sirena gira en círculos acelerados.

Entro después de los camilleros. Ramón está sentado en la cocina y no me ve entrar. Enseguida siento ese olor agrio de la casa de Ramón. Una acidez ahí dentro. El médico controla el último recibo de la jubilación y el carnet de PAMI mientras intenta comunicarse por teléfono con el hospital, quiere saber si hay cama para internar al paciente. La voz gruesa del doctor se parece a esa ronquera de los cantantes italianos cuando cantan baladas. En ese momento, Ramón alza la cabeza. Las ojeras le marcan aun más la palidez del rostro descompuesto. Recién entonces me ve, cuando alza la cabeza. Yo sigo en el marco de la puerta de la cocina, quieta mientras los camilleros se mueven con

movimientos cortos y rápidos. Al médico le confirman la cama para el paciente y deja el teléfono sobre la mesa.

—¿Familiar? —me pregunta.

—¿Qué pasó? —hablo bajo mientras trato de acercarme al médico.

—El corazón —me contesta. También el médico habla bajo, pero su voz gruesa suena pesada entre nosotros—. Hicimos un electro, vamos a internarlo para hacerle otros estudios y tenerlo en observación. El médico tiene el apellido bordado en azul en el bolsillo de la chaqueta y algunos hilos sueltos deshilachan el dibujo de las últimas letras.

Los camilleros no quieren que Ramón se pare, lo sientan en una silla de ruedas y lo llevan hasta la camilla y de la camilla a la ambulancia. En la vereda me acerco a él.

—Voy atrás de la ambulancia —le digo—. Cierro la casa y lo sigo en el auto.

Parece como si quisiera hablarme pero no dice nada, baja una o dos veces los párpados con lentitud, como afirmando.

—Cierro la casa —agrego, creyendo que eso lo tranquiliza.

Hay dos o tres vecinos en la vereda.

—Después enciendo las luces y bajo las persianas.

Ramón levanta apenas los dedos de la mano que tiene sobre el vientre, como una señal, parece no darle ya ninguna importancia ni a las luces ni a las persianas.

—Nos vamos —dice uno de los camilleros y, con

un envión fuerte, levantan entre los dos la camilla que deslizan en la caja de la ambulancia.

Asomo medio cuerpo hacia adentro antes de que cierren las puertas pesadas.

—Y la radio —le digo—, dejo la radio encendida como siempre para que crean que hay gente en la casa.

Ramón hace otra vez ese gesto de levantar los dedos pero con menos fuerza ahora y con los párpados cerrados.

Enseguida uno de los camilleros cierra las puertas. Apenas suben, encienden la sirena. Un sonido agudo que nos alerta a todos allí afuera. Veo a la ambulancia subir por la calle y perderse hacia la avenida. Recién a las dos cuadras, cuando la ambulancia dobla para el lado del hospital, la sirena que se aleja deja de oírse, y, entonces, entro rápido en la casa para echarle llave a la puerta. La casa tiene un silencio raro y oscuro sin Ramón, y rachas de ese olor agrio atraviesan los cuartos.

Final

Voy detrás de la ambulancia como le prometí a Ramón. Como salió unos minutos antes, me cuesta alcanzarlo. Además, yo voy con alguna desventaja por respetar los semáforos pero, aun así, no lo pierdo de vista. Y está la sirena también, que llega en rachas, como el olor agrio de la casa de Ramón, y me guía como una brújula.

Otra vez, voy detrás de una ambulancia.

Y las imágenes se pegan unas con otras.

Yo sabía que todo iba a terminarse, claro.

El pasado estaba marcado en la cara, en la flaccidez de los brazos y en las piernas que se aflojaban al caminar.

Sí, está bien. Todo eso es así, pero qué son estas imágenes licuadas con su voz y el recuerdo de sus manos grandes mostrándome las rutas por donde pasaban los trenes y dibujando desde lejos el camino de las vías muertas.

Trenes

Todavía puedo ver a mi padre sobre el andén de la estación.

Está siempre respondiendo esas preguntas de los pasajeros sobre los horarios de los trenes con destino a Plaza; algunos quieren saber si viene con atraso el tren que va a Temperley; otros, si ya pasó el de las tres y diez por la vía de Ezeiza; y unos pocos preguntan si llega con demora el de las nueve y quince que para en Avellaneda.

Mi padre tiene todas esas respuestas y gesticula al hablar y sus manos tan grandes parecen envolver el aire cuando responde.

Recuerdo esos viajes en tren cuando íbamos al sur. Viajábamos gratis en primera y cenábamos el menú más caro del coche comedor. Después, cuando terminábamos la cena, antes de dormirnos, permanecíamos en el pasillo mirando la noche a través de la ventanilla. Acercábamos la cara al vidrio y

mientras cruzábamos de una provincia a la otra, él cantaba las viejas canciones de los ferroviarios que había aprendido de sus amigos maquinistas. Y éramos como ricos sin billetes mientras duraba ese viaje. Del otro lado del vidrio, mientras mi padre cantaba, se veían únicamente los álamos y la noche. Una noche fría, un campo enorme, un cielo lleno de estrellas brillantes que pasaban veloces sobre nuestras cabezas. Y toda la alegría que sentíamos al ver las luces de la próxima estación asomándose lejos (él sabía todos los nombres de las estaciones y me enseñaba). Y la nieve que juntamos como espuma en nuestras manos frías aquella noche, en la estación de un pueblito lejos de las montañas. Hacía un frío helado y había una quietud en la atmósfera calma. Ni siquiera una brisa, ni un soplo en la firmeza del aire. Un frío helado y la nieve que caía lenta. Unas bocanadas de un humo ligero desbordando de nuestras bocas. Miré a mi padre y él estaba mirándome también y entre los dos caía la nieve blanca. Nos arrojamos bolas de nieve riéndonos bajo ese cielo negro y corrimos por la estación iluminada mientras la nieve seguía cayendo. Después, un silbato agudo atravesó el andén indicando que todo se había terminado. La voz ronca y áspera del guarda anunciando que debíamos subir al tren porque ya nos íbamos.

Y los dos volviendo a casa; los asientos reclinados, los párpados cerrados y la bocina del tren avanzando en el desierto. Los dos descansábamos

callados a la vuelta, con la tranquilidad de quienes lo tienen todo para siempre.

Puedo verlo todavía: está sobre la plataforma uno mirando cómo se aleja el último tren con destino a Alejandro Korn. Los vagones desfilan delante de él y los rostros de los pasajeros enmarcados en las ventanillas pasan sonrientes, preocupados, tristes, indiferentes.

Mi padre quiere verlos a todos y hace saltar sus ojos de vagón en vagón llevando su mirada de aquí para allá.

Después, el tren se aleja y él está solo otra vez, aunque es una soledad que no dura más que unos instantes porque enseguida llegan otros pasajeros, y la estación va poblándose de nuevo y de a poco el andén empieza a llenarse de gente. Todos quieren viajar y algunos le hacen aquellas preguntas sobre los horarios de los trenes. Entonces él responde con sus gestos que son amplios como siempre mientras envuelve el aire con las manos grandes.

Mi padre está ahí, de nuevo en la estación. Su piel es lozana y tiene la tersura fresca de los hombres jóvenes. Está siempre sobre la plataforma y camina erguido. Como los trenes, mi padre regresa siempre y está ahí una y otra y otra vez.

Hospital

Ramón no quiere que me quede a pasar la noche en el hospital, así que le prometo que después de hablar con la enfermera de la noche, voy a volverme a mi casa.

Los médicos dijeron que fue un alerta del corazón, que por la mañana van a hacerle algunos estudios más, que tiene que quedarse unos pocos días en observación y después le dan el alta.

A las ocho le traen la cena, que él mira con desconfianza.

—Es comida de enfermo —le dice a la mucama.

Mientras come, me pide que le cuente otra vez qué tuvo, lo que dijo el médico, qué estudios le hicieron, cuándo va a poder irse a la casa.

Antes de irme, doy una vuelta buscando a la enfermera de la noche. La penumbra gana los pasillos casi vacíos del hospital en silencio. Busco a la enfermera que tarda en aparecer y cuando la encuentro, le pongo una propina en el bolsillo.

Ramón ya está dormido cuando vuelvo. La lamparita de la mesa de luz ilumina una superficie

gris. Hay silencio ahí, y sólo el silbido de Ramón largando el aire por la boca entreabierta lo corta apenas.

Campana

Cuando sale del hospital, Ramón decide ir unos días a visitar a su hermana y me pide que le cuide la casa mientras esté afuera.

—No es mucho lo que tenés que hacer —me dice.

Regar el jardín.

—Todos los días, pero sin ahogar las plantas.

Abrir las persianas todas las mañanas.

—Para que crean que hay gente en la casa.

Prender las luces de afuera.

—También, para que crean que hay alguien adentro.

Y la radio. Ramón cree que nadie va a entrar a robar si escucha una radio encendida.

El primer día, después de subir las persianas, abro también las ventanas porque hay un olor raro en la casa, agrio. Cumplo con todo. La radio, las luces, el riego. Pero, a la noche, cuando vuelvo para encender las luces, a pesar de haber dejado las ventanas abiertas todo el día, el olor sigue ahí y entonces recorro cada habitación. Como no sé

qué es, voy mirando cada lugar. Ramón es un hombre desprolijo. Tiene la cama sin hacer, las sábanas revueltas y dejó ropa sin acomodar sobre la silla del dormitorio. Hay un toallón usado en el baño y despiden un olor fuerte a humedad. Pero lo más desprolijo es la cocina. Reviso los papeles que tiene apilados sobre el televisor. Son recibos de luz y de gas del último año y varios almanaques viejos. Abro las puertas de la alacena. Todo tiene ese olor. Los platos, los vasos, también la frutera vacía con los bordes chamuscados en el centro de la mesa. Sobre la pared, al lado de la ventana, hay una repisa de madera con adornos. Un ángel rojo con las alas abiertas, un mortero pequeño de madera oscura, una taza con varias llaves que imagino en desuso, velas y una lata grande con flores blancas en la que Ramón guarda las galletitas. Entre la lata con flores y el borde de la repisa, casi tapada por la lata, encuentro la campana que había hecho mi padre. Es una campana pequeña e imperfecta y hace un sonido que demora unos segundos en apagarse. Un sonido que es una vibración y se sostiene en el aire, a la altura del cuerpo. La campana dio vueltas por la cocina durante mucho tiempo. Nunca le encontramos ningún uso y terminó en un mueble viejo junto con algunas otras cosas inútiles. Me pregunto qué hace esta campana acá. Para qué se la habrá prestado mi padre a Ramón, cuándo.

Quiero llevármela a casa, después de todo era de mi padre, mía ahora. Pero no puedo llevarme al-

go de la casa de Ramón mientras él no esté. Vuelvo a poner la campana en la repisa, detrás de la lata con flores, y esa vibración del sonido me sobresalta, me agita, como si me envolviera el cuerpo.

Cuidados

Antes de viajar a casa de su hermana, Ramón me da mil recomendaciones, sobre todo quiere que le cuide el jardín, sus plantas con flores.

Aunque me siento rara dentro del jardín de Ramón, me gusta la idea de cuidar sus plantas por unos días. Cumplo con todas las indicaciones, pero una noche encuentro una hilera de hormigas negras devorando la dichondra. No me lo puedo explicar. Me pregunto qué habrá pasado con el veneno de la fumigación. Ramón fumiga su jardín cada dos meses. Tal vez se haya olvidado con este asunto de la internación o del viaje a la casa de su hermana.

Por la mañana, temprano, me cruzo a apagar las luces que encendí anoche y a subir las persianas. Las hormigas avanzaron por la dichondra, llegaron a los malvones blancos y sobre la tierra dejaron los restos de la flor que no alcanzaron a llevarse.

Lo que me recomiendan en el vivero es un sebo. Me dicen que es lo más eficaz. Que en unas horas desaparecen. Tengo que distribuir el sebo a lo

largo de todo el camino que hacen las hormigas, me explica el empleado. El sebo tiene el olor de las plantas, es un concentrado que atrae a las hormigas por su gusto a hojas verdes y flores dulces. Se vuelven locas pensando que es alimento y se lo llevan al hormiguero. Después de una o dos horas, ese sebo actúa como una bomba molotov. Explota dentro del hormiguero y lo destruye.

—¿Y si las hormigas no se lo llevan? —le pregunto al empleado.

—Se lo van a llevar.

—Puedo buscar el hormiguero y ponerlo directamente.

—Ni se te ocurra —me dice el empleado—. Las tipas son desconfiadas y en cuanto ven que alguien les deja algo de regalo en su casa, se mandan a mudar y cambian de casa. No se dejan engañar así nomás. Aunque huelan bien, salen disparadas y abandonan el hormiguero. Son muy piolas.

Apenas oscurece, cruzo a bajar las persianas y encender las luces. Riego las plantas de las macetas y busco. Las tipas, como las llama el empleado del vivero, ya están haciendo su procesión.

Me gusta mirarlas. Se cargan el cebo y se encaminan de a cientos al hormiguero. Caminan creyendo que cargan alimento para almacenar, que van a hacerse un depósito que les va a durar todo el invierno.

El empleado tenía razón y, al otro día, ni rastro de hormigas. Pero ni la dichondra ni los malvones crecen antes de que Ramón vuelva.

—¿Qué pasó? —me pregunta Ramón cuando llega.

Parece desolado mirando su jardín y tengo que escuchar la lección sobre cómo cuidar las plantas y las flores. Me recuerda que tengo un rosal al que tampoco cuidó demasiado, y una ampelopsis que tiene todas las hojas comidas por los caracoles.

Ya me había acostumbrado a mirar todo desde adentro de la casa de Ramón. Así que, después que Ramón vuelve, los primeros días me siento rara mirando su jardín desde afuera.

Me incomoda, además, cuando salgo de casa, ver a Ramón plantando semillas de dichondra para reconstruir el césped, o renovando los gajos de malvones que se apoyaban contra la pared y los canteros de las plantas de flores blancas que se comieron las hormigas.

Muelles

A Ramón no le dura más que uno o dos días el enojo por las hormigas de su jardín. Cuando se le pasa, me cuenta de su viaje a casa de la hermana en un pueblito cerca de Necochea.

A Ramón, lo que le gusta de ese lugar, me dice, son las calles de tierra, el silencio en la plaza casi siempre desierta y la playita.

Está ochenta kilómetros antes que Necochea. Tiene una playita de arenas gruesas y un muelle. El agua allí es fría y oscura y el mar está lleno de medusas.

Todas las noches, cuando está en casa de su hermana, Ramón va a pescar al muelle. Y van los pescadores de los pueblos vecinos también.

A Ramón le gusta el frío salado del agua que llega hasta ahí arriba del muelle y el filo del viento de la costa cortándole la cara. El mismo viento que trae los vahos de la fábrica de escabeche que está a la entrada del pueblo y en la que trabaja su hermana.

Aunque casi nunca hablan, Ramón es amigo de todos los pescadores.

—Cuando se pesca —me explica Ramón—, no se puede hablar. Hay que estar atento y no espar-tar a los peces con la conversación.

Dice Ramón que el muelle es oscuro. Que sólo algún farol a querosén alumbraba, en parte, las cañas, los anzuelos, las latas con las lombrices y los baldes repletos de agua para los pescados.

—Apenas si les conozco las caras a los otros pescadores —me dice Ramón.

—¿Y cómo van a ser sus amigos si no les conoce la cara? —le pregunto.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? —me contesta.

Dice Ramón que, en esa oscuridad de los muelles, se pierden los gestos de los pescadores, aunque, a veces, en las noches claras, la luna baja deja ver algunos rasgos, pocos. Pero que, en general, no se distingue casi nada. Ni los colores de la ropa, nada.

Que todos los hombres que ahí están parecen iguales, dice.

No sé de qué habla Ramón porque nosotros nunca fuimos a pescar.

Pero sé de los veranos en el mar.

Las caminatas que hacíamos todas las noches por el muelle.

El rumor del agua, creciendo bajo nuestros pies.

Por momentos, había, también, un silencio que duraba poco ahí abajo, un silencio que era nada más que un murmullo del agua bajo el muelle.

Y, enseguida, otra vez, los golpes de las olas rompiendo contra las paredes del muelle.

Y cuando el mar retrocedía, la ola dejaba una espuma que se depositaba en la arena mojada. Parecía un encaje sobre la arena, un bordado de figuras irregulares y en relieve.

Parcela

Ramón da vueltas para preguntarme por el cementerio. Quiere saber si la muchacha que le vendió a mi padre la parcela en el cementerio privado sigue trabajando allí, si tengo idea del precio o de la cantidad de cuotas en las que se puede financiar la parcela, y me hace llamar por teléfono esa misma tarde a la vendedora.

Mi padre había comprado una parcela en un cementerio privado cinco años antes de morir. Se la habían ofrecido por teléfono y, como con la tintura negra del pelo, discutimos cuando me contó que quería comprarla.

Cuando me comunico, la vendedora ofrece visitar a Ramón mañana mismo, y quiere sus datos. Así son siempre los vendedores de rápidos. Esta muchacha había llamado a casa un martes y el miércoles, en las primeras horas de la tarde, la teníamos sentada en la cocina con todos los folletos desplegados sobre la mesa. Le dijo a mi padre que podía ofrecerle la parcela más barata porque estaba ubicada un poco lejos, casi en el extremo, de las últi-

mas entrando por el portón grande. Aunque había también un acceso por atrás, esa entrada casi nunca estaba habilitada por ahora, pero que con el tiempo, la empresa pensaba mudar a ese portón la entrada principal. En ese caso, y eso era seguro según lo que afirmaba la vendedora, las parcelas de ese sector se cotizarían muchísimo. Y uno no iba a vender una parcela en el cementerio, claro, pero era una gran ventaja que nosotros no alcanzábamos a ver. Que, una vez que mudaran la entrada principal, los lotes se cotizarían mucho más. Que mi padre ahora pagaría la mitad de lo que valdrían las parcelas con la nueva cotización dentro de unos pocos años. Que ya iba a ver, sólo era cuestión de comprar y sentarse a esperar. La vendedora le agregó que, como excepción, considerando los ingresos de mi padre, podía dárselo a pagar en cincuenta cuotas en vez de treinta y seis, como la empresa estipulaba. Estoy segura de que mi padre le creyó a la vendedora. Siempre creyó en los vendedores. Esa noche, antes de irse a dormir, mi padre dijo que, según se lo había dicho la muchacha cuando se despidieron en la vereda, ése era su primer día de trabajo.

—¿Por qué pensar en esas cosas? —le dije.

Al día siguiente, por la mañana, mi padre confirmó la compra de la parcela cuando la empleada llamó para ver si ya se había decidido.

Mi padre no se equivocaba cuando decía que esa muchacha era una buena vendedora. La ascendieron a fines del año pasado y ahora es coordina-

dora de un grupo de ventas de parcelas, entrena a los vendedores aspirantes y supervisa a los que se inician. Me lo contó hace unos meses cuando me la crucé en el portón principal, que sigue estando en el mismo lugar. Iba apurada porque tenía que mostrar el producto en una empresa y tenía entrevista con el personal en una reunión general.

—Mato varios pájaros de un tiro —me dijo entonces.

Es raro escuchar a Ramón hablar sobre estos temas de cementerio. Nunca quiso acompañarme a llevarle flores a mi padre. Sólo vino el día que lo enterramos y desapareció durante la sepultura. Era una mañana tan diáfana que todos los colores parecían más claros. Recién vi a Ramón cuando volvíamos. Estaba a unos cuantos metros, cerca del portón que da a los fondos del cementerio, de espaldas, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Alguien lo llamó cuando regresábamos hacia los autos por el camino más ancho. Un chistido breve que le avisaba que ya todo había terminado. Ramón se dio vuelta, avanzó rápido y se unió a todos nosotros, que caminábamos a la par. El pasto verde del cementerio se veía clarísimo recién cortado en esa mañana límpida. Ramón se negó a subirse a uno de esos autos largos de la cochería que fulguraban en un azul metálico, y se perdió entre los últimos del grupo que nos despedíamos frente al portón.

La vendedora me pregunta por la edad del comprador. Me incomoda responder algunas de sus

preguntas porque Ramón permanece junto a mí mientras hablo. Además de la edad, la vendedora quiere saber si Ramón está enfermo, si vive solo, cuáles son sus ingresos. Antes de cortar le dicto la dirección de Ramón y su teléfono. Él me escucha y asiente con la cabeza cuando respondo.

Cortes

Dice Ramón que esos cortecitos en la cara se los hizo afeitándose en casa de su hermana. Que ella, en el baño, tiene un espejo con manchas grandes y que, cada mañana, cuando él se afeitaba, una parte del rostro se le perdía detrás de esas manchas. Que tenía que ir corriéndose para que las distintas partes de la cara aparecieran en la porción sin manchas del vidrio. Y, como si tuviera un espejo delante, me muestra. Hace como si se pasara primero la espuma y después, por orden, acerca a lo que sería la parte visible del espejo, una mejilla, después la otra, después el mentón. Enseguida, como si tuviera la maquinita de afeitar en la mano derecha, va corriendo el rostro para ubicarlo, por partes, en esa zona del espejo sin manchas que reflejaría su imagen.

—Me las rebusco así —dice interrumpiendo los movimientos de la afeitada—. Total —agrega restándole importancia a los cortes—, es lo mismo —y mientras él señala esas marcas en la cara y en el cuello, mientras lo dice, yo pienso en el espejo

de casa y en los pedazos que refleja cuando miro, en los recortes de las imágenes, en lo que habrá, pienso también, detrás de esas manchas oscuras que lo opacan.

Cementerio

El Chevrolet de Ramón está roto, así que vamos al cementerio en mi auto. Me sorprendió cuando hace unos días me dijo que le avisara cuando fuera porque quería ir él también. Yo había decidido no volver a decirle que me acompañara, porque siempre inventaba alguna excusa para no ir.

Ramón está recién bañado. A pesar de que vamos con las ventanillas abiertas, se huele el jabón, como si fuera una menta fresca, es un perfume suave que parece moverse con él cuando gesticula al hablar.

Paramos en el puesto de flores que está a unos metros del portón de entrada. Ramón quiere pagar los tres pesos del ramo de gardenias.

—Hubiera traído jazmines —dice mirando para afuera y chasquea la lengua contra los dientes.

Dejo las flores entre los dos y tomo ese camino angosto que bordea el cementerio para estacionar el auto en la sombra. Ramón se cruza de brazos y mira el ramo.

—Me hubieras dicho que querías unas flores

—dice Ramón y acomoda los brazos cruzados sobre su vientre—. Digo, para que no gastaras.

Mientras me habla, Ramón mira las flores y sé que desaprueba la compra.

—Tres pesos no es nada —digo.

—Es mucho por esto que te dieron —dice Ramón.

Cuando bajamos del auto, él hunde las manos en los bolsillos y los dos caminamos a la par, pero él apenas si contesta mis comentarios sobre el clima y cuánta gente que hay en este horario, y lo fuerte que está el sol en estos días. Cuando llegamos a la lápida de mi padre Ramón se ofrece para cargar el florero con agua limpia.

—Ya están secas —exagera Ramón mientras yo acomodo las gardenias en el florero.

Hay una mujer de unos cincuenta años en una de las lápidas cercanas. No llora, mira fijo la lápida y de vez en cuando se aprieta las fosas nasales con suavidad. Ramón vuelve a hundir las manos en los bolsillos y por unos segundos nos quedamos los dos parados ahí. La mujer que mira fijo la lápida tiene una blusa rosa un tono más oscuro que el de las gardenias que, en verdad, ya empiezan a marchitarse a mis pies.

Ramón camina, alejándose, y por fin se sienta en un banco de madera, cerca de la canilla en la que hace unos minutos estuvo cargando agua para el florero. La mujer de blusa rosa, cuando pasa a mi lado, me pregunta la hora y después camina lento por el camino ancho que desemboca en la adminis-

tración. Tal vez vaya a pagar una de las cuotas a la muchacha que, unos años atrás, le vendió a mi padre la parcela por teléfono.

Como la mujer de blusa rosa, miro fijo la lápida de mi padre. Como ella, aprieto la punta de la nariz entre mis dedos.

Volvemos caminando despacio hasta el auto. Por suerte lo dejamos a la sombra, porque el sol está fuerte y hubiera recalentado los asientos y el volante.

Ya en el camino de regreso, cuando pasamos por delante del puesto de flores, Ramón mira como buscando al florista, como recriminándole la sequedad de las gardenias en la tumba de mi padre.

Volvemos con todas las ventanillas abiertas para que el auto se airee. Ya casi ni se huele el perfume de la menta fresca del jabón.

—Vayamos despacio —dice Ramón cuando subimos a la ruta.

Tenemos el sol de frente y a esa hora es bastante molesto manejar con la luz en el horizonte porque enceguece.

El mar

Mientras volvemos del cementerio, la brisa caliente entra por las ventanillas abiertas. Ramón me cuenta de esos días que pasó en casa de su hermana. Que no le gusta bañarse en el mar, me dice.

—Y esa arena gruesa —me dice mientras hace un gesto con la cabeza, negándola, aborreciendo la arena—. Todo el cuerpo lleno de arena, y el pelo, todo.

Me cuenta Ramón que los días de verano son muy calurosos en casa de su hermana.

—Las tardes son calientes como un infierno —me dice—. Pero yo nunca bajo a la playa. Además, el agua allí es muy sucia y siempre está fría.

—Yo creía que a los pescadores les gustaba meterse en el mar —le digo.

—No —me dice—, a mí no. A mí me gusta pescar arriba del muelle.

Ramón tiene razón. Siempre es rara la sensación esa de la arena pegada al cuerpo.

Mi padre tenía una teoría sobre la arena y sus efectos en el organismo. Decía que la arena, y tam-

bién el agua de mar, en contacto con la piel, hacía penetrar, a través de los poros, gracias al yodo y las sales, las vitaminas que un organismo necesita para estar sano.

Con sus manos en cuenco, solía juntar el agua espumosa que se formaba al romper una ola grande y se lavaba la cara con ese líquido, en la convicción de que estaba consumiendo una buena dosis de salud.

Tal vez a causa de esa creencia, durante casi toda mi niñez, cuando íbamos a la playa, jugábamos a enterrarnos.

Él se acostaba boca arriba, y ponía los brazos pegados al cuerpo, y yo lo cubría con la arena tibia, hasta que mi padre desaparecía bajo esa montaña de polvo grueso y amarillo. También cubría su cabeza, dejándole libre, solamente, la cara.

Mi padre permanecía con los ojos cerrados durante todo el juego, aunque, a veces, hablábamos mientras yo lo cubría. Él me preguntaba si faltaba mucho, si ya había terminado con las piernas, si los que estaban jugando a la pelota se habían metido al mar o si seguían jugando, y, si seguían jugando, cuál de los dos equipos iba ganando. Pero yo no podía contestarle todas esas preguntas porque taparlo todo era una operación que me daba mucho trabajo y tenía que estar bastante concentrada.

Lo más difícil de cubrir eran los pies y lo que más tiempo me llevaba, el abdomen.

En los días ventosos, el trabajo resultaba casi imposible. Las ráfagas de viento son capaces de le-

vantar en unos pocos segundos lo que se logró con mucho esfuerzo.

Cuando el cuerpo quedaba totalmente cubierto y sólo se distinguía la cara con los párpados cerrados, mi padre permanecía quieto por un buen rato.

Decía mi padre que, después, rompiendo en un instante esa cubierta, él se levantaba y, enseguida, corríamos juntos al mar. Que íbamos riéndonos y jugando carreras. Que los dos gritábamos mientras corríamos, esos gritos que se pegan de alegría.

Mi padre contaba que nos zambullíamos en el agua para limpiarnos toda la arena que se nos había pegado, pero como buscábamos las olas más grandes, la rompiente nos volteaba, y volvíamos a ensuciarnos con la arena, y a levantarnos, y a zambullirnos de cabeza en otra ola, y la ola nos revolcaba otra vez, y de nuevo la arena en el cuerpo y así.

Pero yo no recuerdo esa parte sino en rachas.

Yo lo que recuerdo es su cuerpo enterrado en la arena, su cara al sol y los párpados cerrados.

Mi quietud, ahí, a su lado, esperando que él rompa el silencio. Desentierre su cuerpo de una vez. Se levante, por fin. Que salgamos corriendo.

